

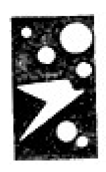
BACTERIAS GIGANTES

Marcus Sidereo

CIENCIA FICCION

BACTERIAS GIGANTES

MARCUS SIDEREO



Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 377

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

372 — *Secuestro de una ciudad espacial*, Clark Carrados
373 — *Un minuto en la Cuarta Dimensión*, Ralph Barby
374 — *Base secreta*, A. Thorkent
375 — *Cementerio volante*, Kelltom McIntire

376 — *Un mundo en tinieblas*, Alf Regaldie
ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 29.952 – 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: octubre, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

EL agua del gran lago era de un color rojizo amarillento. Era una especie de masa espesa que sobresalía del paisaje llano, desangelado, de suelo basáltico.

La calma era absoluta. No existía oxígeno alguno.

De pronto, como un géiser inesperado, surgió súbitamente del fangoso líquido una sorda explosión. Algo se elevó desde las profundidades y en unos instantes se perdió en el espacio infinito.

Desde la urna de cristal de la base submarina, el controlador Kamp, murmuró:

—Ya nunca más les veremos. Dos de nuestros mejores técnicos.

El profesor Yumata, con mirada impasible, murmuró:

—Sigue su trayectoria, Kamp.

—¿Para qué, profesor?

—Sigue su trayectoria. Te lo ordeno.

—¿De qué sirven ya las órdenes? Quizá ellos tengan mejor suerte que nosotros. Al fin y al cabo….

—¡No comentes! —cortó Yumata—. Sigue el vuelo. Síguelo hasta que los pierdas.

—Sí, profesor, pero sabe tan bien como yo que éste es un viaje sin retorno.

Yumata miraba con sus ojillos diminutos a través de la pantalla en la que sólo un puntito apenas visible en el horizonte, señalaba la posición de la pequeña nave que instantes antes había despegado.

Luego comentó:

—Krayton es un gran especialista. Y lleva un buen piloto con él. Confiemos en que tenga éxito.

El controlador Kamp preguntó:

—Profesor…, ¿Krayton sabía que….?

—Sí —cortó el viejo Yumata—. Krayton lo sabía. Conocía los riesgos y los aceptó. Él sabe que todos dependemos de su vuelo.

—Pero no podrá volver si no encuentra….

—¡Lo encontrará! —atajó Yumata—. Encontrará lo que ha ido a buscar.

Hubo un silencio que cortó el controlador Kamp para decir:

—O no volverá jamás. La autonomía de vuelo es demasiado limitada.

—También Krayton lo sabía —repuso Yumata impasible.

—¿Y Fuling? —preguntó Kamp—. ¿El piloto Fuling conocía también el riesgo?

—Fuling aprecia demasiado a Krayton para permitir que realizara solo ese viaje. Aumenta la visibilidad. Quiero ver el máximo….

—Sí, profesor. Pero no ha contestado a mi pregunta. Fuling también es amigo mío….

Se hizo un silencio hasta que Yumata, después de concentrar su atención

en la nave que la pantalla ampliara, murmuró:

—Krayton no es de los que ocultan las verdades.

—¡Rayos! Un viaje a un mundo que ya no existe. Es una locura… —murmuró Kamp. —Alguien debía intentar salvarnos a todos. Nuestro sistema de vida se agota. Ahora todos dependemos de Krayton. Si no regresa… —No terminó la frase, pero su actitud era lo bastante explicativa.

Kamp lo comprendió. Quizá no conocía totalmente la magnitud del problema de aquel reducto submarino, pero no ignoraba que las cosas habían empeorado últimamente.

—Nuestra autonomía ha terminado ya… Todos cuantos estamos en esta base vivimos de las reservas. Nuestras vidas dependen de lo que Krayton logre encontrar… Esto es confidencial. De nada serviría hacerlo público le un modo oficial. El pánico sólo nos llevaría a nuestra inmediata destrucción.

Kamp hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Comprendía perfectamente cuál era la situación de aquel reducto subacuático donde se agrupaban millares de seres que precisaban el oxígeno que ya estaba escaseando.

Sólo el encuentro de la materia adecuada permitiría a aquellos seres sobrevivir.

Era lo que Krayton había ido a buscar en la única ciudad de un continente donde un siglo antes se había logrado descubrir lo que los generadores energéticos precisaban para la obtención del oxígeno necesario de la comunidad.

Yumata siguió en silencio la trayectoria de la nave.

Una voz en la lejanía sonó a través del receptor:

—Vuelo correcto. Seguimos la ruta.

—¡Es Krayton, profesor! —exclamó Kamp.

—Ya lo he oído. Eso indica que todo va bien. Los problemas empezarán cuando llegue a ese continente… —sentenció Yumata.

Capítulo II

KRAYTON era un hombre joven todavía, de aspecto recio y mirada aguda De tez morena y planta firme, observaba ahora a su alrededor momentos después de haber llegado a su destino.

Su ayudante y piloto Fuling era algo más joven, de apariencia aniñada y actitud vehemente. Inquieto y dinámico se colocó al lado de su amigo y jefe de expedición para preguntarle:

—¿Qué, Krayton? ¿Es eso lo que esperaba encontrar?

Krayton permaneció en silencio un buen rato. En medio de la inmensa plaza redonda, cruce de cuatro grandes bulevares, observaba ahora el puentecillo elevado que se mantenía intacto como en los documentos gráficos antiguos, cuando aquella ciudad del continente estaba llena de gentes y de medios de locomoción automáticos que cruzaban arriba y abajo los bulevares cortados por la ajardinada plaza.

Nada parecía haber cambiado, excepto las flores y el surtidor central de agua que suponía un embellecimiento más del lugar.

Krayton se subió al puente que se mantenía extrañamente intacto.

Más allá el gran —inmenso— jardín público aparecía completamente desolado.

Krayton levantó la mirada hacia lo que en la otra orilla del gran río eran inmensos rascacielos y que correspondían a la parte nueva de la ciudad continental.

Nada quedaba en pie. Todo era un campo de ruinas.

Volvió la mirada hacia la vieja ciudad, la tradicional y vio lo mismo, escombros medio calcinados algunos. Y vio también la columna de algún monumento que aún se mantenía en pie.

Lo demás, escombros. Escombros de más de un siglo que la carencia de viento había dejado casi intactos.

Krayton probó de quitarse la escafandra, pero en seguida se la colocó de nuevo.

—No hay oxígeno. Así murió ese planeta —murmuró.

A través del emisor interno, Fuling replicó:

—¿Estás seguro de que es aquí donde encontraremos lo que necesitamos?

—Había una fábrica. Consiguieron la composición: Plutouranita. Una mezcla de plutonio y uranio, aderezada con otros elementos… No supieron hacer buen uso de ella, y así quedó la ciudad… En otras partes creyeron que se trataba de una guerra y dejaron libres sus sistemas atacantes basados en composiciones similares… El resultado ya lo ves. El fin de un planeta.

—¿Y esa fábrica que buscamos? —preguntó el piloto Fuling.

—La fábrica queda lejos. A las afueras… Pero no es la fábrica lo que interesa, sino el Instituto de donde salieron las fórmulas. Puede que en el subsuelo quedara escondida alguna cantidad de producto, y se conserven las

fórmulas.

—¿Y la Plutouranita nos servirá para regresar? —inquirió Fuling.

—Utilizada como combustible podríamos dar diez vueltas a otras tantas galaxias antes de que se agotara nuestra autonomía de vuelo. Un gramo sería suficiente para alimentar nuestras pilas —explicó Krayton, que seguía sobre el puente contemplando aquella desolación que le envolvía.

Luego añadió:

—Las fórmulas y composiciones son también interesantes… Intentaré orientarme.

De sus enfundadas manos extrajo una especie de plano. Y buscó su situación.

—¿Cómo conseguiste ese plano?

—Del cadáver de un habitante de ese planeta que flotaba en el espacio. En realidad estaba vivo aún cuando lo intercepté con mi nave experimental. Traté de reanimarle, pero la criatura me habló en un lenguaje extraño. Agonizaba. Me dio ese plano y me habló de la Plutouranita. Entonces no le comprendí muy bien. El lenguaje de ese planeta no figuraba en ninguna de nuestras guías, porque pertenece a otra Galaxia… Luego realicé algunos estudios y conseguí traducir lo que me dijo el moribundo por quien nada pude hacer.

—Debió ser muy interesante….

—Entendí que se había producido una enorme catástrofe a consecuencia de cierta energía nuclear.

—¿Una guerra interplanetaria? —inquirió Fuling.

—No. Algo mucho peor. Una guerra entre hermanos de un mismo planeta… Luego descubrí el significado y la posible explicación de la Plutouranita. Por eso estamos aquí ahora.

—Pues manos a la obra, Krayton. Procura orientarte pronto. El oxígeno de nuestras escafandras también es limitado.

—Tenemos de repuesto en la nave.

—Pero nos hará falta para….

—No, Fuling —cortó fríamente Krayton—. Si no encontramos la Plutouranita tampoco necesitaremos el oxígeno.

Fuling no podía o no quería comprender….

—¿Tratas de decir que….?

—Que sin la Plutouranita jamás podremos regresar. Creo que ya te expliqué cuáles eran nuestras posibilidades, Fuling.

—Sí, pero pensé que… No sé, quizá en otra parte. Se puede intentar.-

—Nuestro habitáculo subacuático necesita esa materia, Fuling. Si nosotros fracasamos, ellos perecerán también. Nuestra raza se habrá extinguido para siempre….

Fuling trató de autoanimarse a sí mismo.

—Entonces no perdamos tiempo, ¿eh? ¡Je! Yo confío plenamente en ti… Seguro que no fracasamos. ¿Dónde tenemos que ir…?

Capítulo III

FULING había perdido ya el control del tiempo. Ignoraba las «horas» que llevaba deambulando sobre los escombros de aquella gran ciudad. El cansancio le vencía por momentos.

Krayton, más sobrio, intentaba seguir las invisibles líneas que marcaba el plano.

—Tiene que ser por ahí. Tendremos que excavar —dijo.

Ambos llevaban las herramientas suficientes en sendas mochilas que a la vez contenían otros aditamentos para posibles emergencias.

—Yo empezaré —añadió Krayton—. Tú acerca la nave hacia el lugar más llano.

El sitio más a propósito parecía ser el lecho de un antiguo gran río ahora totalmente reseco, donde podían verse restos de lo que debió ser un gran puente.

Krayton comenzó la excavación valiéndose de un aparato automático portátil.

Trituraba las piedras pertenecientes a viejos edificios hasta encontrar lo que había sido tierra firme.

Fuling regresó después de haber depositado la nave en un lugar más próximo desde el cual era perfectamente visible.

—¿Alguna novedad? —inquirió el piloto dirigiéndose a Krayton.

—Emplearé los explosivos para abrir un hueco. El laboratorio del instituto era subterráneo. Tal como están las cosas es imposible saber dónde podía hallarse.

—De acuerdo, Krayton. Yo llevo lo que deseas. —Y Fuling sacó de su mochila un pequeño dispositivo atado a un cordón a cuyo final había instalado un pulsador.

—¡Aquí! —le indicó Krayton, señalando un lugar determinado de la excavación.

—Allá voy.

Instantes después, a una señal de Krayton, el joven piloto pulsaba el botón.

Una sorda explosión levantó una gran polvareda. Al mismo tiempo se abrió un pozo abismal. Krayton comprobó que por dentro estaba hueco.

—¡Las cuerdas, Fuling! Aquí hay un subterráneo.

—¡La has acertado a la primera, amigo! —exclamó Fuling cantando victoria por anticipado.

Descendieron después de asegurar la cuerda con un dispositivo especial clavado en tierra firme.

Krayton iba delante al deslizarse por la cuerda hacia el interior de la caverna.

Cuando tocó con los pies en suelo firme, encendió una lámpara portátil.

Sus pies tropezaron con algo. Algo duro que sobresalía.

Cuando Fuling saltó a su lado exclamó:

—¡Rayos! ¿Y eso qué diantre es?

Después de comprobar con la luz la longitud de aquella vía metálica, Krayton comentó:

—Es un raíl.

—¿Un raíl?

—Sí. Por aquí debió correr algún medio de locomoción subterráneo….

—Entonces….

—Creo, Fuling, que nos hemos equivocado….

Continuaron por el túnel un buen trecho. Y Krayton, con la ayuda de una especie de radar manual, calculaba la distancia.

—Estamos pasando por debajo del lecho del río. Los raíles deben ir hasta el otro extremo. Pero estoy seguro de que el laboratorio del instituto tiene que estar por aquí….

Un desprendimiento había cortado el paso del túnel y se hallaron ante un callejón sin salida.

—Habrá que volver atrás —murmuró Krayton.

—Tal vez probando de perforar una pared —sugirió Fuling.

Krayton palpó la superficie de las paredes del túnel.

—Recubiertas de metal duro. Creo que lo llamaban acero o algo así….

De pronto Fuling descubrió una luz natural procedente del exterior. Aquella luz opaca, rojiza, propia de los planetas sin vida.

—¡Eh, mira, Krayton!

Caminaron hacia una oquedad lateral allá donde el túnel parecía ensancharse.

No tardaron en comprobar que una depresión del terreno cerca del antiguo río había abierta la oquedad, por la que se filtraba la luz que Fuling había descubierto.

El pico o taladro magnético de Krayton agrandó el agujero y asomó al exterior. Vio a lo lejos la nave y murmuró:

—Estamos en el lecho del fio. Nada nuevo, Fuling.

—Yo que pensé que habíamos acertado a la primera —se lamentó el joven y dinámico piloto.

—No pierdas el ánimo, y tómate una píldora. Hace demasiado rato que no reponemos fuerzas.

Krayton buscó en su modula y sacó una pequeña caja de la que extrajo dos cápsulas, ofreciendo una de ellas al piloto.

—Anda, toma.

—Hummm….

—Mastícala despacio —dijo Krayton sentándose a la salida del agujero.

Fuling le imitó.

Fue entonces, en medio del sepulcral silencio, cuando surgió aquel grito terrible.

Un grito infrahumano lleno de horror. Un aullido que estremeció a los dos



hombres.

Capítulo IV

—¡POR allí! ¡Salió de aquella parte! —indicó Fuling señalando un lugar en la oscuridad. Dos linternas luminosas enfocaron hacia el sitio donde había indicado el piloto. Krayton tomó la delantera.

—Saca tu pistola y cúbreme, pero veas lo que veas no dispares si no es absolutamente necesario.

La luz de las potentes linternas descubrieron un pasadizo dentro del túnel y a Krayton le pareció ver unas sombras que se movían.

—¡Cuidado! —advirtió y avanzando con más cautela llegó hasta el pasadizo.

Tras echar una rápida ojeada murmuró:

—Esto no es una obra de ingeniería. Salta a la vista que ha sido practicada de forma rudimentaria.

A cierta distancia podía escucharse más de una respiración entrecortada.

—¿Oyes lo mismo que yo? —inquirió Fuling.

—Sí. Vamos, despacio.

Y Krayton, siempre adelante, llevaba igualmente su arma preparada.

De pronto el haz de luz de su linterna silueteó claramente una forma negruzca que se movía en la oscuridad. Otra sombra se unió a la primera.

—¡Allí! ¡Pon toda la luz! —ordenó Krayton.

Ambas linternas enfocaron el lugar donde se movían las sombras. De ellas surgían aquellas extrañas y casi estentóreas respiraciones.

Ahora la luz enfocaba a los dos seres monstruosos.

Entes provistos de una especie de piel velluda y de ojos relucientes. Agitaban sus manos terminadas en cuatro puntiagudas garras.

—¡Rayos del Espacio! —exclamó el piloto—. ¿De dónde ha salido esto?

—¡Quieto! No dispares. Trataremos de averiguar quiénes son….

Las dos formas retrocedían como deslumbradas por las linternas de los dos amigos. —Parece que nos temen.

Una de las formas emitió un gruñido a lo que el otro contestó en un lenguaje extraño. —¿Qué idioma hablan?

—No lo sé. Fuling… Pero no parecen tener intención de atacarnos.

Y Krayton, hablando con voz más fuerte, se dirigió a los entes, que ahora en la cercanía parecían mucho más espeluznantes.

En verdad iban desnudos aunque no podía adivinarse cuál era el sexo a que pertenecían. La piel velluda era su propia piel. Las cuatro garras de sus manos eran como cuatro garfios brillantes y aquellos ojos relucientes parecían demostrar pavor.

—Saben que vamos armados y por eso nos temen —murmuró Fuling, que al lado de Krayton les apuntaba con su pistola.

—No. No creo que sea eso. Parecen seres primitivos. Su miedo se debe a nuestros trajes. A la escafandra. Saben que no pertenecemos a su raza….

—¿Y era ésa la raza que habitaba este continente?

—No, verdaderamente no. Deben ser mutaciones o seres llegados de otro planeta — repuso suavemente Krayton—. El hombre que yo recogí flotando en el espacio era muy parecido a nosotros. Un humanoide diría yo. En cambio eso….

Se interrumpió. Tras las dos monstruosas siluetas volvió a resonar el grito de angustia.

—¡Detrás de ellos! —exclamó Krayton y al instante Fuling, sin mesurar el peligro, corrió hacia donde estaban las dos formas pasando tras de ellas.

Ambos monstruos parecieron acorralados y levantaron sus manos en señal de impotencia.

Fue entonces cuando Fuling descubrió a otras dos formas que tenían apresada a una criatura… Era una mujer blanca, desnuda. Se debatía entre las garras de aquellas alimañas bípedas.

El par de sujetos que atenazaban a la muchacha blanca gruñeron algo entre sí.

—¡Dejadla! —ordenó Fuling.

Los monstruos quedaron quietos, atemorizados.

—¡Vamos, dejadla! —ordenó nuevamente Fuling.

—No te esfuerces. No te entienden. Vamos a hacer una demostración, pero sin causarles daño.

Y al instante Krayton elevó su arma y disparó un chorro de líquido en estado de ignición. Un rayo acuático iluminó la cavidad y esparció sus chispas por toda la estancia subterránea.

Soltando un grito inenarrable, los que sostenían a la muchacha blanca la dejaron caer al suelo, mientras los otros dos que iban delante retrocedieron hacia atrás uniéndose los cuatro y gruñendo algo ininteligible. Luego echaron a correr hacia atrás perdiéndose en la oscuridad del túnel.

La maltrecha muchacha fue atendida por Krayton que había avanzado hacia ella para atenderla.

—¿Quién eres? ¿Comprendes lo que te digo?

Ella pareció salir de un largo letargo. Tragó saliva y murmuró en una lengua que Krayton comprendió fácilmente:

—Gracias… Muchas gracias. Un ser supremo debe enviarle para salvarnos… Necesitamos ayuda… Por favor… —Y se desvaneció.

Capítulo V

HABÍAN salido al exterior por uno de los huecos y se hallaban ahora en el lecho del río muy cerca de la nave que había conducido hasta aquel lugar a los dos hombres.

—¡Ponle la escafandra! ¡Necesita, oxígeno! —había pedido Krayton a su amigo.

Y ahora, la muchacha, con la escafandra respirando buen oxígeno, parecía volver en sí.

Abrió los ojos y miró a los dos hombres a través de la transparente cabeza postiza.

—Tranquila. No pretendemos hacerte ningún daño —dijo Krayton—. Dinos quién eres. ¿De dónde procedes? ¿Cómo has logrado sobrevivir en un lugar como éste? ¡Oh! Sé que son muchas preguntas a la vez, mujer… Tómate el tiempo que quieras para contestar.

Hubo un breve silencio. Por fin la muchacha dijo:

—Hibernación….

—¿Cómo? —Inquirió Krayton.

—Oh… Estoy aturdida….

—Sí. Es comprensible… ¿Eres de aquí?

—Sí… ¿Pero qué ha pasado? He estado durmiendo, de pronto desperté y me encontré con esos horribles monstruos… Yo no sé nada. Sólo me acuerdo del cataclismo….

Miró en torno suyo.

Desde el lecho del río podían verse las montañas de escombros, el arrasamiento total de lo que sin duda había sido una gran ciudad en el continente.

—¡Dios mío! —exclamó al fin—. Todo quedó destrozado. Y yo… ¡Oh! ¿Cuánto tiempo ha transcurrido de todo esto? No consigo recordar. No consigo.

Krayton la atajó:

—Has hablado de hibernación. ¿Qué te recuerda esta palabra?

—Hibernación —repitió ella—. ¡Oh, sí! Mi padre… Es el jefe superior de estudios. Futurología e hibernación… Creo recordar… —Y los ojos de la muchacha se agrandaron—. ¡Dios mío! Debió ocurrir una catástrofe terrible.

—¿Cuándo fue, lo recuerdas? —intervino Fuling.

—Fue… Ahora. Bueno, antes de dormirme. Debe haber pasado mucho tiempo….

—Siglos, según vuestra forma de calcular el tiempo —adujo Krayton.

—Quiero verlo todo. Déjenme verlo todo —pidió ella.

—No hay nada que ver, pero si quieres, sobrevolaremos lo que fue una ciudad —dijo Krayton.

—Recuerdo que corría el año dos mil y… No sé… tengo la memoria un

poco confusa… Teníamos astronautas, vestían un equipo similar al de vosotros. Luego ocurrió aquello tan espantoso.

Trató de recordar y añadió:

—Creo que comenzó todo con una gran explosión….

Sobrevolaron primero parte del curso del gran río, para luego dar la vuelta y pasar por encima de los escombros.

A ras de suelo había pedazos de cristales pintados que habían anunciado tiendas y precios de comidas de restaurantes de la época.

Ella, con ojos atónitos miraba a su alrededor, no cesaba de murmurar:

—¡Cielo….! ¡Cielo Santo! No queda nada… El estadio. El Jardín de las plantas, los viveros… Ahí… Ahí estaba el cementerio.

A través de los lentes de aproximación, Krayton pudo observar esparcidos por el suelo, fuera de sus tumbas y panteones destruidos, restos humanoides, calaveras….

—Mi madre estaba ahí… Quizá haya sido mejor para ella no vivir este renacer… — murmuró la muchacha.

Les había dicho cuál era su nombre: Eva.

Luego empezó a contar cosas que recordaba de su vida en siglos anteriores.

—Tenía veintitrés años… Sé que iban a realizar una experiencia. Mi padre se mostraba contrario a ella.

Los dos hombres guardaban silencio escuchando la explicación de la mujer.

Fuling conducía el aparato a escasos palmos de aquellas ruinas calcinadas por el paso de los siglos.

Ella continuó:

—Mi padre había logrado la hibernación real… Primero probó con animales, luego con personas… Fue el primero en nuestro planeta. ¿Saben? Somos franceses… Los franceses fuimos los primeros… Mi padre.

Fuling no entendía muy bien lo que significaba ser francés, pero Krayton le hizo un ademán para que no hiciera preguntas ni interrumpiera a la joven.

—Van a destruirlo todo, dijo mi padre —siguió ella—. No quiero que sufras… Voy a hibernarte… Es la única solución posible. Tal vez despiertes en un mundo mejor… En cualquier caso te deseo la mejor suerte, hija mía… Eso me dijo… Ya no recuerdo nada más….

Tras la larga pausa, Krayton inquirió:

—¿Tu padre trabajaba en los laboratorios de la Plutouranita?

La muchacha —sin escafandra, como ellos, en el interior de la nave— agrandó los ojos.

—Plutouranita. Sí. Eso es… ¿Cómo lo saben?

—Es una larga historia. Nosotros necesitamos Plutouranita. Tal vez tú puedas acordarte de donde estaba el laboratorio de tu padre —dijo Krayton.

—¡Oh, sí,…!

—¿Lo sabes? —preguntó a su vez Fuling.

—Si… Creo que sí… Pero no podemos ir allí… Los monstruos… Esos monstruos….

—¿De dónde salieron esos entes? —preguntó Krayton.

—No lo sé. Aparecieron de pronto. Tratan de sacarnos de la hibernación… ¡Oh, sí! ¡Debemos ir! Hay cientos de personas allí, hibernadas. Cientos de personas que pueden morir a manos de esos monstruos… Tenemos que salvarlas. Julie está también allí, y el profesor Belcourto, era muy amigo de mi padre. Tal vez mi propio padre esté allí también. ¡Dios mío! ¡Ayúdenme….!

—Te ayudaremos, no temas. Pero tienes que indicarnos el camino —dijo Krayton.

—Es junto al parque. Cerca de donde estaban ustedes….

—¿Hay muchos seres peludos como los que te tenían sujeta? —preguntó Fuling.

—No sé. Tampoco sé quiénes son.

—Mutaciones —adujo Krayton—. O seres de otro planeta… ¿Qué pretenden? ¿Por qué os atacan?

Llena de pánico la muchacha repuso:

—La cámara de hibernación es su… despensa….

Capítulo VI

—¡ANTROPÓFAGOS! —exclamó Fuling—. Son antropófagos. Comen a seres vivos. Pero ¿qué nos importa a nosotros eso? Necesitamos la Plutouranita….

—Trataremos de ayudar a esa gente, Fuling —repuso Krayton—. Esta muchacha puede resultarnos una ayuda muy valiosa.

La habían dejado en la nave y ahora los dos hombres, provistos de escafandras, estaban de nuevo cerca de una entrada en la cavidad subterránea.

—Tienes razón, Krayton. Si podemos ser útiles a esa gente hibernada….

—Bien, Fuling. Iré yo solo. Ella ha iniciado el camino. Lo hemos anotado en la tabla y….

—¡Oh, no! Demasiado riesgo para ti solo —protestó Fuling—. ¿Qué hago yo, mientras?

—Quédate por ahí de vigilancia. Por la nave y por la muchacha también. Puede que necesitemos a Eva, y aunque no fuera así, no permitiré que la devoren esas criaturas monstruosas. Estemos en contacto a través del transmisor.

Krayton volvió a la nave para tranquilizar a Eva.

—Intentaré rescatar a todos los hibernados, pero no es posible transportarlos a nuestros habitáculos en una sola nave. Primero preciso de la Plutouranita. Después, mandaremos más naves para liberarlos a todos.

—Iré contigo —se ofreció ella.

—No. Con los datos que nos has facilitado es suficiente por el momento. Tú quédate aquí. Con Fuling no correrás ningún peligro.

—Ten cuidado, Krayton, los Malasis son peligrosos y traidores.

—¿Les llamáis Malasi?

—Creo que les llaman así… Oí gritarlo a alguien… Han devorado a muchos.

—¿Cómo consiguen despertar a los hibernados? —preguntó Krayton.

—Mi padre tenía un programa para un tiempo determinado, pero desde el exterior de las urnas se puede adelantar… Sé que tenemos una autonomía de oxígeno acumulado que nos permite vivir durante algún tiempo, ignoro cuánto, pero los Malasis accionan los mandos y cuando consiguen deshibernar a alguien se apoderan de él y luchan entre sí para devorarlo.

—Es horrible —adujo Fuling. Y dirigiéndose a Krayton añadió—: No puedes ir solo.

—Mientras me teman no intentarán nada contra mí. Además, voy armado. Anda, ocúpate de la muchacha. La dejo en tus manos. —Y sin más se alejó hacia la entrada subterránea que previamente les había indicado Eva.

En el interior del túnel, un cráter descendía hacia posiciones más subterráneas.

De acuerdo con las instrucciones de Eva, tras el último reducto del

subsuelo encontraría un pasadizo que a pesar de la destrucción había quedado casi íntegro.

Tenía que seguir en línea recta hasta la sala denominada con la letra «A» y el guarismo «6».

Sala «A-6».

Deslizándose a través de los desmontes, Krayton llegó hasta el subterráneo primero bajo los raíles; después, linterna en mano, buscó el lugar de penetración hasta muchos metros muy por debajo del nivel del terreno.

Las piedras escalonadas del propio derrumbamiento le permitieron llegar hasta el pasadizo.

Con la ayuda de su linterna anduvo, de acuerdo con las instrucciones de la muchacha, una larga recta.

Más allá surgía una claridad rojiza.

«Allí es», pensó.

Apagó su linterna y avanzó con paso firme. Al mismo tiempo transmitió a su amigo y colega Fuling.

—Todo va bien. No he tenido ninguna clase de tropiezo hasta el momento. ¿Qué tal por ahí fuera?

—Tranquilo, Krayton.

—Bien. Sigo mi camino por el subterráneo, estoy cerca de la Sala «A-6».

Tras cortar la comunicación, Krayton siguió caminando hasta la puerta metálica. Estaba entreabierta, podía pasar a través de ella sin tocarla.

Una luz distendida emanaba de las paredes. Luz de siglos que, seguramente, las pilas de Plutouranita mantenían la luminosidad, aunque escasa, a través de los siglos.

«Fantástico», pensó Krayton para sí.

Observó la sala. Se conservaban en apariencia, intactos los mecanismos de los dos pupitres. Había un gran armario con una P bien marcada de color rojo.

«Ahí está», pensó.

Era el depósito de la Plutouranita.

Seguían unas instrucciones que su capacidad pudo traducir mentalmente:

«**Precaución**.

Abrir el depósito provisto de vestimenta impermeable.

No tocar las placas con las manos.

Evitar contacto directo.»

Siguió con la mirada todos los ángulos de la sala cuadrangular, hasta dar con la puerta H.

Era lo que buscaba. La sala de hibernación.

Tras aquella puerta iba a encontrarse con un mundo de seres hibernados, esperando que sonara para ellos la hora de la libertad… O acaso de la muerte, porque….

Capítulo VII

BASTABA empujar el panel, para que la puerta metálica corriera hacia un lado.

Krayton lo hizo y se encontró ante un largo pasadizo igualmente iluminado por la misma luz rojiza.

Lo que le llamó la atención no fue la hilera de celdas verticales con espacio para un solo cuerpo, ni el cristal que a modo de cuerpo cubría las oquedades en la pared.

Ni tampoco el hecho de que algunas de aquellas oquedades permanecieran vacías, aunque sobre el cristal figuraba un hombre y una fecha perteneciente al siglo veintiuno de la era del planeta.

Lo que verdaderamente atrajo su interés fue la respiración entrecortada que como un estertor surgía de docenas de gargantas próximas a él.

Estaban allí, en el fondo, en un ensanchamiento del corredor, gruñendo como antes había oído ya. Los seres velludos que al verlo aparecer formaron una barrera como si desafiaran su paso a través del corredor.

Lentamente Krayton desenfundó su arma y apuntó, sujetándose la linterna a la hebilla a propósito que llevaba en la cintura.

Avanzó lento pero seguro de sí mismo, plantando cara a la posible subversión de aquellos entes carnívoros que se alimentaban de la carne de quienes conseguían deshibernar.

—Apartaos —dijo suavemente—. No pretendo haceros daño. Pero si tratáis de atacarme poseo armas poderosas para aniquilaros.

Ignoró si le entendieron o no, pero siguió su camino y observó cómo los seres —media docena de ellos— retrocedían al unísono.

—¿Quién es vuestro jefe? Me gustaría hablar con vuestro jefe —y Krayton lo repitió en varios idiomas del código espacial.

Sólo gruñidos escuchó como respuesta, mientras las formas monstruosas seguían reculando.

—Os he hecho una pregunta. —La voz de Krayton sonaba ahora más grave, más dura, más autoritaria, mientras pensaba para sí: «Son como animales… Tienen miedo a las razas que creen superiores. Mientras todo siga así iremos bien. No puedo dar señales de miedo porque se echarían contra mí.»

Hizo como si les apuntara abiertamente con su arma.

—¡Quiero hablar con vuestro jefe! ¿Es que no entendéis ningún idioma?

Hubo algunos gruñidos como si entre ellos hablaran, pero siguieron sin dar respuesta.

—¡Atrás, atrás! —ordenó.

Eso sí parecieron entenderlo.

Y Krayton llegó al ensanchamiento del corredor. Observó una puerta a su izquierda y la empujó con el pie. Era metálica. Corredera. Buscó el resorte

que la abriera y halló una palanca.

En la puerta había una inscripción:

«Sala prehibernación. Cierre automático.»

Echó un vistazo al interior. Era una sala sin salida. Pensó que era un magnífico lugar para meter a aquellas seis alimañas que sólo sabían gruñir.

—¡Aquí! —les ordenó con la pistola.

Pero los entes retrocedían. Krayton disparó al aire.

—¡Quietos! ¡He dicho que os metáis aquí! —Y se separó indicándoles con el cañón del arma el lugar donde los velludos seres debían entrar.

Al fin parecieron comprender y entraron casi atropellándose, temerosos de quien sabía mantenerles a raya.

Cuando el último hubo traspasado el umbral, cerró la puerta y accionó la palanca.

Le parecía casi imposible que tras la destrucción, en aquel subterráneo todo funcionara tan perfectamente.

Libre ya, volvió a la sala que había dejado momentos antes. Observó los pupitres. Leyó las instrucciones y pulsó un botón. Una pantalla comenzó a emitir símbolos y guarismos.

Era necesario buscar algo más concreto. Algo que Krayton pudiera comprender.

Por fin halló lo que buscaba. Los nombres de los hibernados en el gran corredor.

Aparecieron los de Julie y del profesor Belcourt con el número de las celdas-nichos que ocupaban.

«Belcourt puede sernos de gran utilidad», pensó entre sí. Y anotó mentalmente los números que correspondían a las celdas de la muchacha —Julie— y del tal profesor Belcourt.

16-A y 137-A.

—Bien, vamos primero por el profesor —se dijo a sí mismo y transmitió a través del emisor.

—Dile a Eva que voy a deshibernar al profesor Belcourt. Creo que puede proporcionarnos una buena ayuda.

Cortó el transmisor y volvió su mirada al pupitre, comenzó a pulsar unas teclas hasta dar con la que buscaba 16-A.

Siguió manipulando hasta encontrar la clave de:

«Proceso acelerado de deshibernación.»

Vaciló unos instantes hasta que se dispuso a pulsar el botón correspondiente.

La pantalla ofreció una serigrafía repleta de extraños dibujos. El pitido de una onda indicaba que el proceso había comenzado.

Luego surgió una pantalla de rayos X donde podía apreciarse la figura que el *hombre* puesto en pie comenzaba a moverse como si pretendiera desentumecer sus músculos.

«Ese es Belcourt. Iré en su busca», dijo Krayton para sus adentros.

Salió de la sala en busca de la celda-nicho 16-A.

Cruzó por delante de las trescientas. Quedaba lejos. Casi al final —o al principio— de aquel inmenso corredor.

Corriendo llegó a las proximidades del lugar en el momento en que unos garfios puntiagudos arañaban la piel del profesor, tratando de arrancarlo de su lecho vertical.

Eran los Malasis. Otro grupo de monstruos antropófagos que habían descubierto comida fresca.

—¡Socorro! —gritó la voz de Belcourt.

Capítulo VIII

LOS disparos al aire de Krayton pusieron en atención a los acometedores Malasis que se separaron temerosos, mientras el profesor Belcourt salía tambaleándose.

Krayton llegó a su encuentro y lo sujetó para que no se desvaneciera.

—Nada tiene que temer, profesor. ¿Me oye? Voy a llevarle a un sitio seguro.

Pero Belcourt no estaba en condiciones de contestar nada. Atontado por la hibernación y con los rasguños recibidos por los monstruos velludos se acogió a la protección de Krayton y con su ayuda consiguió llegar hasta la sala A-6.

Krayton lo dejó tumbado en una especie de sofá sin respaldo.

—Descanse, profesor… Voy a liberar a otra persona. —Y se dedicó a Julie —. No cabemos más de cuatro en la nave, pero volveremos para liberar a los demás. Bueno. Ya sé que ahora no puede oírme.

Y en seguida pulsó el botón correspondiente a la amiga de Eva, no sin antes advertir que ya tenía en su poder a Belcourt. A lo que Fuling desde el exterior contestó:

—Celebro que todo vaya bien.

—Esos Malasis siguen temiendo a nuestras vestimentas. Este es un factor importante a nuestro favor.

Cortó la comunicación y volvió al corredor en busca de Julie.

De nuevo un grupo de velludos oliendo la carne fresca se apresuraba a atacar a la muchacha.

Seguro del miedo que infundía Krayton avanzó hacia ellos ordenándoles:

—¡Atrás!

Pero de entre la media docena que formaban el grupo uno más alto que los demás — Krayton le calculó una envergadura cercana a los dos metros y medio— se adelantó a todos y pronunció unas palabras que no logró comprender.

—No quisiera tener que usar esto contra ti. —Krayton apuntaba seguro con su diestra—. Odio toda forma de violencia, pero vosotros la practicáis comiendo carne de seres vivos… Os pagaré con la misma moneda si intentáis algo contra ellos o contra mí.

El antropófago peludo avanzó aún más sin inmutarse.

—¡Quieto he dicho! Si quieres parlamentar, hazlo, pero no avances un solo paso.

En aquellos instantes sonó su receptor. La voz de Fuling surgía del exterior.

—Krayton. Estamos rodeados… Hay cientos de monstruos como los que vimos antes.

—¿Qué hacen? —preguntó Krayton sin perder de vista al que tenía k menos de tres metros de distancia.

—Nada, nos observan. Miran la nave y a mí… Y seguro que pueden ver a Eva también. No se mueven. Vuelve pronto con la Plutouranita y larguémonos. Esto no me gusta.

—Intentaré volver lo antes posible. Yo también tengo problemas, pero tú no te muevas. ¿De acuerdo? Dejemos los transmisores conectados.

—De acuerdo. Pero date prisa —insistió Fuling.

El ente de larga envergadura dio un paso más y Krayton disparó al aire para amedrentarle.

Pero en esta ocasión ocurrió algo distinto a lo esperado- por Krayton. Porque mientras los demás retrocedían, el gigante seguía impasible frente a él, a menor distancia. Dos metros. Le miraba fijamente y de su rostro velludo e inexpresivo pareció emanar una sonrisa de triunfo.

Dijo algo apenas inteligible, pero Krayton pareció comprender:

—Tus armas no pueden contra nosotros. Eres un ser blanco. Como los que están aquí. Un ser vulnerable.

Todo esto sucedía ante la oquedad donde Julie comenzaba a despertar.

Krayton vacilaba. Un paso más y apretaría el arma. Pero… ¿Qué sucedería si el rayo no hiciera mella en el corpachón del velludo monstruo?

Y el ente avanzó con una seguridad que hasta entonces no lo habían hecho los demás.

—Escucha… Tú pareces más inteligente que tus congéneres. Quiero hablar contigo —y Krayton utilizó un lenguaje corriente en los espacios.

Creyó entender la respuesta de su antagonista:

—No tenemos nada de qué hablar. Somos seres de diferentes procedencias. Enemigos.

Y dio un paso adelante.

—¡Quieto o….!

El monstruo intentó lanzarse contra él, pero Krayton, en el último instante, pulsó la palanca de su pistola.

Por un momento su enemigo pareció como paralizado, pero siguió en pie y aquella especie de extraña sonrisa se acentuó en su repelente rostro.

Por dos veces Krayton apretó nuevamente la palanca de la pistola y consiguió medio atontar a su rival.

Julie, medio desvanecida, gemía tambaleándose en su nicho, cuya puerta abierta previamente por Krayton facilitó a éste poderla alcanzar.

El monstruo parecía renacer de su atontamiento, en el momento que la llamada Julie se abalanzó con tanta fuerza contra Krayton que éste perdió su arma.

Fue entonces cuando el monstruo lanzó una sórdida carcajada y pasó al ataque.

Krayton estaba completamente indefenso.

Capítulo IX

LOS poderosos garfios del ente gigantón y velludo se clavaron en el traje espacial de Krayton que sintió atravesar su ropa al mismo tiempo que unos cuchillos cortantes se posaban en su piel.

Apartó hacia atrás a la muchacha, que cayó desvanecida y se dispuso a liberarse de la terrible presión de su antagonista.

Krayton, poseedor de la ciencia de una lucha especial meramente deportiva para la propia conservación de la forma física, la puso en práctica.

Comprimió su cuerpo, para luego acumular como en un ejercicio gimnástico, toda su fuerza en los poderosos bíceps que poseía.

Lanzó un suspiro y con ímpetu se deshizo de la presa echando hacia atrás a su atacante.

Este retrocedió, pero con un gruñido pidió ayuda a sus hermanos de raza.

Era como si acabara de decirles:

«¡Es inferior a nosotros! ¡No le temáis! Llamada a los demás. ¡Ataque!

El estrecho corredor se llenó de formas velludas dispuestas a acabar con un hombre solo y una mujer que seguía inconsciente.

Krayton se lanzó en busca del arma, pero cuatro pares de garfios apartaron la pistola al tiempo que tiraban del brazo del hombre que por un momento creyó iban a arrancárselo.

Rodó por el suelo hasta que consiguió la energía suficiente para ponerse en pie de un salto y lanzando los pies por delante derribó a dos de sus más inmediatos adversarios.

No obstante el número de atacantes iba siendo cada vez superior. Krayton se vio envuelto en- una densa red de garras que desgarraban su vestimenta y arañaban su piel, mientras otros iban en busca de la muchacha.

La situación era desesperada para ambos.

—¡Krayton, Krayton! —llamó la voz de Fuling desde el exterior—. No sé lo que ocurre ahí dentro, pero los monstruos que hasta ahora permanecían quietos están avanzando. Tendré que disparar contra ellos.

Desde el suelo luchando a brazo partido contra dos, tres y hasta cuatro enemigos, Krayton logró responder a la llamada de su amigo.

—Es inútil, Fuling. Aléjate momentáneamente. Dame algún tiempo para escapar si es que lo consigo… Intentaré llegar hasta el departamento de la Plutouranita… No sé si lo conseguiré.

No pudo continuar. Se vio arrastrado por las extremidades inferiores por cuatro de aquellos monstruos.

Su cuerpo se acercaba allá donde había ido a parar el arma.

Si lograba alcanzarla… Por lo menos sabía que podía atontar a sus enemigos, pero….

De pronto una voz poderosa surgió tras él.

—¡Quietos! Voy a foguear el subterráneo.

Julie había vuelto en sí.

—¡Profesor Belcourt! —gritó.

El profesor había salido de su letargo. En su mano llevaba un largo cañón provisto de algún resorte y parecía presto a disparar.

El monstruo de envergadura superior dio unas órdenes y dos de sus hermanos de raza avanzaron desafiando al profesor. Este disparó sin dilación.

Los monstruos quedaron como paralizados, mientras Julie avanzaba hacia Belcourt.

La confusión dejó levemente inmovilizados a los demás, momento que aprovechó Krayton para lanzarse hacia su arma. La alcanzó y desde el mismo suelo abrió fuego a discreción contra todos sus enemigos que sin perder del todo el sentido quedaron como atontados.

Se volvió para encontrarse ante la gigantesca figura de quien parecía ser el jefe.

—Échese al suelo —gritó Belcourt, dirigiéndose a Krayton que lo hizo disparando a bocajarro contra el monstruo, lo mismo que Belcourt.

Así por primera vez, aquel ente trastabilló y cayó grotescamente sentado, lo cual aprovechó Krayton para ir hacia donde se hallaban el profesor y la muchacha, Julie.

—No sé quién es usted, pero corre tanto peligro como nosotros. Voy a foguear esto. La atmósfera les dejará atontados y mientras tanto podremos escapar.

—¿Y los demás? —preguntó Krayton.

—Los que están hibernados no corren peligro—adujo Belcourt—. Al menos con el fuego. Eso no destruye. No estamos tan avanzados, pero el ácido intoxica a los seres vivos….

El arma de Belcourt vomitó chorros de fuego que desprendían un olor apenas resistible.

—Vamos fuera de aquí. La mezcla es irrespirable.

Corrieron hacia la sala A-6. Sin duda Belcourt buscaba la salida, pero Krayton le detuvo.

—Usted es Belcourt, desde luego… ¿Sabe que fue hibernado?

—Sí, claro. ¿Pero a qué viene esto? No perdamos tiempo….

Krayton fue a la puerta y cerró dejando que la atmósfera enrarecida quedara en el corredor. Al mismo tiempo preguntó:

—¿Tiene idea de los siglos que ha permanecido ahí?

—¿Cómo? ¡Oh! Creo que he perdido la noción de la realidad. ¿Quién es usted? ¿Por qué va vestido de esa forma….? Cielos… La atmósfera está pesada también aquí. —Y Belcourt dio muestras de mareo igual que Julie.

—Vengo de otro mundo, profesor… Aquí hay lo que yo necesito. Plutouranita. Abra ese armario. Me llevaré cuanto pueda….

—Esto… no es posible… —a Belcourt le costaba un gran trabajo hablar.

—No existe el oxígeno en su continente, profesor… Han transcurrido muchos siglos. Ya se dará cuenta más tarde, pero ahora no podemos perder ni

un solo minuto. ¿Me entiende? Esta atmósfera les ahogaría.

En aquel instante, a través del transmisor, llegaba la voz de Fuling. Una voz agitada temerosa:

—¡Krayton! ¡Krayton! Están avanzando. Las armas no consiguen detenerles….

—Espera un poco, paralízales. Dispara sin cesar, regreso inmediatamente….

—Date prisa. Están formando un círculo en derredor nuestro.

—Ponte en la nave. Métete dentro y cierra. No podrán hacerte nada. Utiliza los cañones si es preciso, pero no te vayas ahora. Tengo dos personas necesitadas de oxígeno.

Belcourt se tambaleaba:

—Yo no puedo darle la Plutouranita… no puedo. Es propiedad de la comisión de control aeroespacial….

—¡Rayos, profesor! Ya no existe nada. Salga y compruébelo… si es que antes no cae ahogado por la falta de aire….

Belcourt se llevó las manos al cuello. Comenzaba a faltarle el aire.

Julie, que había salido algo más tarde, se Conservaba ligeramente en mejor estado.

—Yo le ayudaré —dijo la muchacha—. Trabajé con Belcourt antes de que pasara lo… lo que todos ignoramos. Usted sáquenos de aquí.

—Así lo haré —prometió Krayton.

Capítulo X

EL empuje de los Malasis amenazaban con derribar la puerta metálica, pero Krayton, ayudando a los dos rescatados y con la Plutouranita consigo, corría a través del largo pasillo en busca de la salida.

Cuando llegaba al exterior, Julie estaba prácticamente inconsciente y el profesor no podía casi andar.

—Me ahogo, me ahogo….

La situación en el exterior no era mucho más optimista. El círculo en torno a la nave se había estrechado. Aquellos bárbaros carnívoros trataban de mover el artefacto volador, golpeaban, apretaban, trataban de abrirlo como fuera para saciar su hambre.

Krayton alzó la voz para llamar su atención.

—¡Quietos!

Algunos se volvieron- Krayton afinó su puntería para paralizar momentáneamente a unos cuantos agresores. Mientras, con el transmisor abierto, daba órdenes a su piloto:

—Dispara las armas cortas, tengo que llegar hasta ahí….

La enrarecida atmósfera de aquel continente sin vida propia se pobló de una humareda rojizo amarillenta mientras los monstruos retrocedían sin perder por completo el sentido.

—Fuling. Baja y cierra con el control remoto. Ayúdame a llevar a esa gente:

—Sí, Krayton. Voy a intentarlo.

Aprovechando el momentáneo amodorramiento de sus antagonistas, Fuling salió disparando sin cesar tras haber bloqueado la puerta de la nave.

Al llegar a la salida subterránea observó que alguien se movía en la semioscuridad del interior.

—¡Cuidado! Vienen más.

—Ocúpate de éstos. Yo les entretendré.

Tal como esperaba, el más fuerte de los enemigos iba al frente, repuesto ya de los rayos recibidos, que no podían acabar con él, ni con sus congéneres.

Krayton disparó hacia el interior para ganar tiempo mientras Fuling, como podía, arrastraba los cuerpos hasta la nave.

Luego se encaró, con los que empezaban a recobrarse en el exterior al mismo tiempo que corría también hacia el bólido espacial, que momentáneamente sería su única posibilidad de salvación.

Dramáticos fueron los momentos de introducir aquellos cuerpos faltos de aliento en la nave, mientras Eva murmuraba:

—¡Oh, Julie! ¡Profesor! ¡Cuánto agradezco lo que has hecho! Lo que habéis hecho los dos… Seáis de donde seáis nos habéis salvado la vida.

—Allá dentro quedan muchos más —repuso Krayton cerrando la puerta—. Intentaremos rescatarlos. Ahora conviene alejarse de esa zona. Ocúpate de la

nave, Fuling, yo pondré el oxígeno a tope.

Belcourt y Julie estaban completamente inconscientes….

La nave se elevaba dejando entre las tuinas a más de un centenar de monstruos velludos con ansias locas de hacerse con ellos.

Era comida que se les escapaba….

Se hallaban en un lugar donde siglos atrás fue el extremo opuesto de la ciudad.

El profesor Belcourt y Julie habían recobrado ya todo el aliento. Respiraban con normalidad.

Krayton había explicado el motivo de su desesperada expedición al planeta y su necesidad del producto por el cual había corrido tan singular aventura.

Por su parte, tanto el profesor como Julie, se habían hecho cargo de todo lo ocurrido. La visión de aquella ciudad derruida siglos atrás le habló de la magnitud de la catástrofe.

—Ya no hay duda. Todo el planeta está igual —murmuró Belcourt—. Es un mundo muerto. Y la culpa fue de todos. Lo destruimos todos. Ahora sólo nos queda la posibilidad de sobrevivir gracias a vosotros.

—Hay mucho por hacer todavía. En primer lugar, debemos utilizar la Plutouranita para poder regresar con la nave. Luego tenemos que rescatar a los cientos de hibernados que quedan en el subterráneo antes de que sean devorados por esos seres. De eso me ocuparé yo.

—¿Qué pretendes? —preguntó Fuling.

—En la nave sólo cabemos cuatro. Llévate a ellos… Yo sólo necesito un buen escondite… Cuando consigas el contacto con nuestra base avisa que manden todas las naves disponibles. Iremos sacando a todos los hibernados.

—No puedes quedarte aquí solo.

—El piloto tiene razón —adujo Eva—. Es peligroso. Esos seres deben haber invadido el continente. Están en todas partes. Es demasiado peligroso.

—Pensad en algún escondrijo. Después de todo, el viaje es rápido —repuso Krayton—. En cuanto en nuestra base reciban la noticia mandarán todas las naves, y procuraremos reforzar nuestras armas. Si no eliminan, por lo menos consiguen atontar a esa clase de criaturas.

—Yo me quedo contigo Krayton —adujo el profesor Belcourt—. Al fin y al cabo es a mi gente a la que hay que salvar. Vosotros mandad vuestras naves.

—Yo también quiero quedarme —adujo Julie—. Siempre he sido la ayudante del profesor. No voy a dejarle solo ahora.

—No, tú no, Julie —espetó Belcourt.

También Eva tenía motivos para querer permanecer en aquel mundo sin vida.

—Quiero encontrar a mi padre… ¡Belcourt! Tú fuiste el último que le vio. ¿Verdad? ¿Colaborabas con él?

—Sí, Eva, pero yo fui hibernado por él… No sé… Ignoro si logró conseguir su propia hibernación —repuso el profesor.

Krayton intervino para dar su opinión.

—Creo que todos debéis iros. Salís de un largo período de inactividad. Ignoráis lo que dará de sí vuestra energía cara al futuro. Es una experiencia demasiado nueva. Además… El profesor Belcourt nos será muy necesario para la instalación de la Plutouranita en nuestro habitáculo, y existe otra cuestión: las escafandras. Depende del tiempo que tengamos que permanecer aquí. Se necesitarán dos por persona. No podemos correr riesgos con la falta de oxígeno. Y por último… una persona sola es más fácil de esconderse.

Hubo un silencio. Fuling lo cortó.

—Siempre te las apañas para correr los riesgos tú solito. ¿Y yo qué?

—Si crees que puedo ser necesario en su habitáculo… —empezó el profesor—. Pero el piloto tiene razón. Es un riesgo enorme quedarse solo. Además, no conoces la ciudad. Yo, aunque destruida, puedo orientarme….

—Yo me quedaré con Krayton —se ofreció Eva decidida.

—¡Una mujer! —exclamó Fuling.

—No menosprecies a las mujeres. En nuestro siglo realizábamos los mismos trabajos que los hombres. ¿No es así en vuestro habitáculo?

—Nuestro habitáculo es muy reducido. Nosotros también padecemos las consecuencias de guerras interplanetarias. Apenas tenemos mujeres… Ellas cuidan primordial- mente de la procreación para que no se pierda nuestra raza… Desgraciadamente esto serviría de poco sin ese elemento que nos era tan necesario. Ahora todo puede cambiar. Conviviremos dos mundos distintos. Y basta de charla. Yo soy el jefe de la expedición.

Eva siguió decidida:

—Yo me quedo contigo. Voy a orientarte.

Era su última palabra.

Capítulo XI

NO es que Krayton fuera fácil de convencer sino todo lo contrario, pero acabó aceptando que Eva se quedara, no por necesitar de un guía sino porque como varón, como macho de la especie, se sentía atraído por aquella joven esbelta, bonita, de figura grácil y femenina.

Sí. Eva le gustaba. Le agradaba tenerla como compañera y así, ahora, mientras la nave se alejaba hacia otro mundo insólito que había encontrado su supervivencia en el fondo de un lago, ellos dos —Krayton y Eva— se quedaron solos entre las ruinas de una ciudad famosa en la historia antigua. Una ciudad ahora convertida en un campo desolado y muerto….

Habían deambulado por zonas llanas y llegaron a una conclusión:

—Los Malasis salen poco a la superficie. Su fuerte, a lo que se ve, es el subsuelo. Me pregunto si sólo será por la despensa humana que hay en ella —comentó Krayton.

Eva pareció estremecerse.

—Bueno, quizá he hablado con demasiada crudeza, pero me pregunto qué harán esos seres cuando no tengan nada que devorar. ¿De qué se alimentarán? ¿De dónde provienen?

Pero las sombras velludas se estaban acercando. Su tremendo olfato de bestias hambrientas les había descubierto. Krayton y Eva eran carne fresca, carne viviente. Un manjar exquisito para su propia subsistencia.

—¿De qué lugar proceden, rayos? ¿De qué lugar? Y no hay forma de parlamentar con ellos —se lamentaba Krayton.

Y mientras….

* * *

No le había sido difícil a Belcourt, cambiar la pila de combustible de la pequeña nave por el disco de Plutouranita.

El viaje de regreso no hubiera podido realizarse sin aquel cambio, y Belcourt aclaró:

—En las naves grandes costará más trabajo, seguramente habrá que realizar un cambio en las estructuras autónomas de vuelo. —Y Belcourt sonrió anhelante—. Es curioso… Hemos pasado años y años investigando la cosa más sencilla y más elemental. La Plutouranita jamás llegamos a utilizarla.

Fuling sonrió a su vez.

—Eso nos favorece, profesor. Para nosotros es vital.

—Sí. Ahora comprendo vuestro sistema y me parece hasta ridículo que nosotros no lo hubiésemos descubierto antes. ¡Dios mío! Me gustaría saber cuántos siglos han pasado.

Fuling no podía contestar a su pregunta….

Después en la base, Yumata fue informado de todo lo ocurrido de labios

del piloto Fuling.

El jefe de aquel habitáculo subacuático se lamentó de que Krayton se hubiese quedado en lo que ellos llamaban el «Planeta muerto».

En seguida se puso en contacto con el profesor Belcourt, que de inmediato se ofreció para poner en condiciones de vuelo autónomo a todas las naves disponibles.

—Haré todo lo posible para cambiar el sistema.

—Hágalo cuanto antes, profesor —apuntó Yumata—. La vida de Krayton es de un valor incalculable.

—Lo comprendo —repuso Belcourt—, pero allá, en mi planeta, hay muchos seres que necesitan ser salvados. Por lo que de mí dependa haré todo lo posible para que los bólidos estén prestos a ser lanzados en el menor tiempo posible.

Yumata asintió:

—Somos seres pacíficos y comunicativos, señor. Odiamos la violencia, pero nosotros también hemos sufrido las consecuencias de guerras interespaciales. Por ese motivo nos vemos en la necesidad de vivir recluidos en ese habitáculo bajo las aguas de un lago contaminado. Todo contacto con el exterior sin los trajes adecuados sería letal para nosotros, y para todo ser humanoide.

Belcourt asintió.

Yumata insistió:

—Lamento profundamente que Krayton haya cometido el grave error de quedarse en ese continente. Comprendo sus motivos, pero su vida vale mucho, profesor.

—Comprendo en lo que estima a Krayton. No hay duda de que es un hombre muy valeroso y por mi parte insisto en que me daré toda la prisa que me sea posible para preparar esas naves… Y aprovecho para darle las gracias, señor. Salvar a mi gente también es un deber que debo procurar mientras me quede un ápice de vida.

—¿Cuánto tiempo necesitará? —inquirió Yumata.

—Lo ignoro: En las pequeñas naves es fácil el cambio, pero en las de mayor envergadura necesitaré realizar un estudio.

—Prepare las pequeñas….

—Sí, señor, pero necesitaremos grandes transportes para llevarnos a mis hermanos del continente. Son muchos, señor… Sé que el tiempo es un factor importante, por ello procuraré no perder ni un segundo. Comprendo que también a usted le interese más salvar a los suyos. En este caso a Krayton, pero yo pienso que su pueblo y el nuestro pueden cooperar mutuamente y….

Yumata le atajó con un ademán.

—De acuerdo, Belcourt, nada tengo contra las razas distintas a la nuestra. Ojalá los mundos se hubiesen entendido antes de iniciar acciones que nos han perjudicado a todos. Ahora póngase a trabajar.

Belcourt asintió.

Era una gran oportunidad para salvar a los suyos, pero ante todo pensaba también en los que se habían quedado en el continente aun a riesgo de sus propias vidas: Eva y Krayton.

Capítulo XII

EVA y Krayton seguían en el mismo lugar, mientras las sombras de aquel par de entes carnívoros se iban acercando a ellos sigilosamente.

Krayton hizo un ademán indicando silencio a la muchacha. Había percibido algo que era peculiar y a lo que ya había empezado a acostumbrarse. La respiración estentórea de los seres canibalescos que les acechaban.

—Vamos a salir de aquí, Eva. Prepárate a correr.

Ella miró en torno suyo buscando la razón de por qué Krayton deseaba cambiar de sitio.

Él le hizo un ademán. Las sombras estaban próximas al lugar que ellos ocupaban.

—Tenemos que ponernos a salvo —susurró en voz baja y la tomó de la mano para empezar la carrera.

Los dos monstruos emitieron sendos gruñidos, viendo cómo sus respectivas presas escapaban de sus dominios.

—¡De prisa! —gritó Krayton.

La muchacha, siempre asida de manos de aquel hombre ajeno al continente, pero con deseos de ayudarla tanto a ella como a sus congéneres, corrió a la misma velocidad.

No era fácil moverse entre tantas ruinas. Los desmontes, las auténticas colinas llenas de cascotes formaban obstáculos difíciles de vencer.

Era raro encontrar una superficie medianamente llana. Siempre topaban con hierros, piedras, cemento y toda clase de artefactos, residuos de una civilización que llegó a un grado avanzado antes de la destrucción total.

—¡Oh! —Eva tropezó con antiguos trozos de vehículos eléctricos de épocas aún más remotas. Cayó doliéndose de una pierna. Krayton la ayudó a incorporarse al tiempo que murmuraba:

—Apóyate en mí. —Y añadió—: Trata de recordar algún lugar donde podamos permanecer seguros….

—No sé….

—Quizá en el laboratorio existan medios de defensa.

—Julie sabía más de esto que yo. —Y en seguida añadió—: Pero no me arrepiento de haberme quedado. Puede que mi padre esté entre los hibernados. ¡Dios mío! Ojalá fuera así. Por él….

—Seguro que tu padre podría ayudarnos. Bueno. No hay que desesperar. Cuando regresen nuestros bólidos… —se interrumpió. Había creído escuchar algo. Un nuevo peligro.

Estaba cerca.

Volvieron ambos a darse una buena carrera, mientras de otra parte surgieron nuevos monstruos.

Todos iguales, con las mismas ansias locas de atraparles para devorarlos.

Y allí, en medio de tanto escombro, aquel par de monstruosos entes

velludos iban tras de ellos a una velocidad increíble, utilizaban las extremidades inferiores y a la vez, igual que los simios, se servían de las manos para correr más, o saltar de forma inverosímil entre los desmontes que se hallaban por doquier.

—Sólo hay un sistema para tomarles ventaja —dijo Krayton, y sin dudarlo disparó contra ellos.

Los impactos les inmovilizaron momentáneamente facilitando así la huida de la pareja.

Los escombros formaban un callejón a su izquierda y por él echaron a correr hasta llegar a una nueva gruta.

Descansaron unos instantes para proseguir la marcha.

Sus perseguidores intentaban rastrear la pista que Krayton y la muchacha dejaban a su paso.

Al llegar a una encrucijada entre los derribos, emitieron gruñidos de alerta y en pocos momentos llegaron otro par de monstruos, que formaron un pequeño conciliábulo hasta seguir por direcciones opuestas con la intención de rodearles.

Krayton advirtió de lejos la maniobra.

—Pronto tendremos a todo un ejército detrás nuestro. Ya no cabe la menor duda de que nos siguen guiados por su olfato.

A Eva se le ocurrió una idea.

—Vamos a la vieja Catedral de Eneon… Hay unas catacumbas. Espero que podamos entrar. Allí les será difícil encontrarnos. Recuerdo que una vez fui con mi padre. El subterráneo es un auténtico laberinto de pasadizos.

—¿Estás segura de recordar el camino?

—Sí. Es hacia el oeste de la ciudad. Tendremos que cruzar el antiguo canal.

Siguieron la carrera por entre aquellas montañas de escombros. Por unos instantes Eva pareció dudar, hasta que, por fin, halló el camino que buscaba.

—Por allí. Tiene que ser por allí.

Cruzaron por el arco de un viejo movimiento y descendieron hasta el lecho del canal, que cruzaron rápidamente hasta llegar a las cercanías de un puente formado por pedruscos de la propia destrucción.

El puente salvaba una sima. La profundidad era de regular distancia.

—Cuidado. Esto puede no estar seguro —dijo él sin soltarla de la mano.

Estaban a medio cruzar cuando por el otro lado aparecieron un par de siluetas.

—¡Cuidado! Son ellos —gritó la muchacha.

—Ten calma. Volveremos atrás.

Pero por el lugar donde habían empezado a cruzar aparecieron otras cuatro sombras.

¡Les habían seguido hasta allí!

No tenían escapatoria posible.

—Tranquila… No te preocupes… Sigamos —murmuró él.

Los entes velludos que tenían a su espalda habían comenzado a cruzar.

Krayton siguió adelante pistola en mano. Al otro lado les esperaban los otros dos enemigos.

Krayton esperó hasta el último momento para disparar su arma casi a quemarropa.

Los rayos consiguieron su momentáneo efecto y de este modo la pareja pudo eludir la encerrona.

La carrera continuó hacia un montículo en ruinas.

—Ahí… Ahí estaba la vieja Seo. Debe de haber algún lugar para poder bajar a las catacumbas.

Krayton enfocó su linterna y el potente haz de luz barrió los desmontes.

No había la menor señal de entrada.

—¡Por el canal! —exclamó ella de pronto—. Sé que mi padre dijo una vez que las catacumbas quedaban cortadas por el canal. Ahora está seco, seguro que encontraremos la entrada.

Dieron un rodeo para no coincidir con sus perseguidores, pero dos de aquellos extraños seres habían taponado la entrada a las catacumbas como si hubieran previsto de antemano las intenciones de la pareja.

De otro lado, emergieron de la oscuridad otro grupo formado por cuatro monstruosidades.

Estaban dando vueltas encerrados en el círculo de sus enemigos.

En alguna parte de la vieja ciudad, el monstruo jefe, el gigantesco ser que ya se había enfrentado una vez con Krayton parecía emitir órdenes a distancia lanzando un graznido propio del cuervo que anda a la caza de la carroña.

De alguna forma, aquellos seres tenían un poder de comunicación a distancia. Un poder extraordinario y extraño a la vez.

Capítulo XIII

EL profesor Belcourt estaba trabajando denodadamente para aclimatar la Plutouranita a las naves.

Fuling comprendía el riesgo que estaba corriendo su amigo y manifestó:

—Iré yo… —lo pidió a Yumata—. Tengo que sacar a Krayton de ese infierno.

—Ten calma, Fuling… Yo estoy tan impaciente como tú….

—Pero, Yumata…, con una nave pequeña, la Plutouranita es fácil de instalar. La mía está preparada. Tiene una autonomía de vuelo suficiente para la ida y regreso.

—Está bien. Consultaré primero con el profesor Belcourt.

—¡Oh, Yumata! Date prisa. Yo he estado allí. He visto a aquellos seres. Sé el grave peligro por el que está atravesando Krayton.

Yumata, inexpresivo como siempre, desapareció de la sala, mientras Fuling paseaba nervioso por el corredor que comunicaba con la base audiovisual.

Julie surgió en su camino. No se separaba del joven piloto.

—Estás intranquilo, ¿verdad?

—No debimos dejarlos allí —murmuró él.

* * *

Y, entretanto, en el continente prehistórico del planeta sin vida, un hombre y una mujer acorralados seguían intentando buscar una salida que les permitiera ganar tiempo.

Corriendo a través del canal hallaron a la entrada de las viejas catacumbas a dos de aquellos seres antropófagos. Y Krayton tuvo que utilizar su pistola para paralizarlos. Sólo el tiempo necesario para que pudieran penetrar.

Tras el recorrido de un largo y oscuro corredor que Krayton alumbró con su potente linterna comenzó el complejo laberíntico de pasillos y salas subterráneas.

Reliquias ancestrales que la catástrofe no había conseguido arrancar de las entrañas de aquella tierra seguían en los mismos lugares.

Pero no era el momento de admirar una obra de siglos, sino de escapar, de conservar la vida, de robarle tiempo al tiempo hasta que una nave salvadora viniera' en su busca.

Pero ya no era sólo el enemigo el mayor peligro, sino el agotamiento producido por la carencia de oxígeno.

La reserva de la escafandra se estaba agotando. Eva fue la primera en sentir los síntomas.

—Detengámonos… unos momentos.

Krayton comprendió, y sacando una nueva escafandra que colgaba atada en su espalda la ofreció a la muchacha.

—Toma. Esto te revitalizará.

—¿Y tú? ¿No necesitas cambiar?

—De momento puedo pasar. —Y le ayudó a cambiarse la escafandra para proseguir luego la marcha hasta lo más intrincado del laberinto.

—Hay otra puerta en la otra parte del canal, pero creo que el mejor escondrijo es el río subterráneo. Puede que ya no exista, pero esto parece conservarse idéntico a como era antes.

—¿Dónde conduce ese río subterráneo?

—Nadie conoció nunca el final. Pero pasa por debajo del laboratorio. Mi padre lo había advertido. Pero hay un largo trecho.

—Entonces busquemos ese río….

Era difícil orientarse en medio de aquella red de caminos, pero Krayton poseía un sentido innato de la percepción. Aun así seguía dando vueltas pasando y repasando por los mismos lugares.

—¿No crees que….? —empezó ella.

—Me parece que ya sé adónde voy, pero es necesario dejar rastros por todas partes. Si es su olfato el que los guía tardarán bastante en dar con nosotros….

Sin embargo, en el lecho del río subterráneo, cuya agua había desaparecido, les esperaba la desagradable presencia de cuatro de aquellos seres qué se habían adueñado del planeta muerto.

—¡Por aquí! —aventuró Krayton.

Y, efectivamente, llegaron hasta lo que había sido un río subterráneo. Una compuerta de acero cerraba el paso y Krayton cuidó de asegurarla bien, pero cuando enfocó la luz de su linterna hacia una de las partes vio la proximidad del enemigo.

Eva dejó escapar un grito.

—¡Vamos por el otro lado!

Pero una vez más se encontraron rodeados, porque también por aquella parte avanzaban hacia ellos.

La única solución era abrirse paso a base de rayos, pero Krayton sospechaba que tras aquellos seres aparecerían otros y otros, y acabarían en sus manos….

Capítulo XIV

YUMATA había dado su consentimiento:

—Adelántate. El profesor todavía tiene para algún tiempo. Tu misión es traer vivo a Krayton. No os arriesguéis inútilmente. Me gustaría hacer algo por los terrícolas hibernados, pero si no es posible, primero es la vida de Krayton.

Julie pidió a Fuling que la llevara con ella.

—Yo puedo ayudarte.

—Es demasiado peligroso, Julie. Ya has oído a nuestro jefe. No quiere que corramos riesgos.

—¡Oh, Fuling….! Eres la única persona que conozco en ese extraño mundo tuyo. Pienso que la vida no tendría sentido sin poder hacer algo útil… Déjame que vaya contigo.

—Yo no puedo autorizarte….

Estaban en la base. Todo funcionaba de un modo automático, aunque se sabía observado por las pantallas de control.

Fuling, no obstante, era un joven impulsivo, resoluto… ¡Y qué diablos! también le gustaba la compañía de Julie.

—¡Sube! —dijo.

Kamp, en la sección de control, observó lo que ocurría, se limitó a sonreír y murmuró:

—Buen viaje. Que al menos lo paséis bien.

Apareció Yumata, pero pareció no darse cuenta de lo que ocurría. Luego Kamp informó:

—La nave ha emergido a la superficie. Se dirige hacia el planeta muerto.

Y en el interior del bólido, Julie preguntó:

—¿Cuánto tardaremos en llegar? ¿Una hora? ¿Dos?

—Yo no entiendo esos cálculos, Julie. Pero te aseguro que estaremos allí en el menor tiempo que me sea posible.

Y mientras….

* * *

Los Malasis habían emparedado prácticamente a Krayton y su compañera circunstancial.

Una vez más tuvieron que abrirse paso disparando sus armas.

Los rayos resonaron por todo el ámbito del canal subterráneo. En algún lugar se produjo un desprendimiento con gran estrépito y las paredes temblaron.

La pareja pudo huir por entre sus seguidores, pero un kilómetro más adelante se encontraron con un obstáculo insalvable. El derrumbamiento había cortado el paso de manera absoluta.

—Hay que volver atrás —dijo Krayton—. ¡Espera!

Trató de practicar un agujero empleando su pistola. Los rayos perforaron la tierra reseca, pero la pared era demasiado espesa.

—¡Los Robots! —exclamó de pronto Eva.

—¿Robots? —inquirió Krayton.

—Sí. Ahora me acuerdo… He estado como aletargada, perdona, pero sé que en el colectivo del cual mi padre era el Jefe había experimentado con Robots. Están en algún lugar del laboratorio. Funcionan por medio de los mandos del pupitre. ¡Oh! Julie sabe más de esto. Ella había trabajado con el profesor Belcourt….

—Esos Robots podrían ayudarnos.

—Sí, Krayton… Pero tendríamos que regresar al laboratorio,

—¡Maldita sea! Hay que derribar ese muro cueste lo que cueste… Tú vigila hacia la otra parte. Si vienen esos seres dispara, dispara hasta que agotes los rayos. Eso les mantendrá quietos.

Y Krayton trató nuevamente de horadar la espesura de tierra mediante su propia pistola.

Los rayos penetraban en la dura tierra casi caliza e iban profundizando.

—¡Ahí están, Krayton! —advirtió la muchacha.

Las horripilantes criaturas avanzaban a través de la cavidad dispuestas al ataque.

—¡Dispara, dispara! —replicó Krayton volviéndose unos instantes para volver a su tarea de perforación.

Los rayos del arma de la muchacha habían conseguido detener momentáneamente a las criaturas, pero algunas intentaban avanzar atontadamente igual a monstruos mecánicos.

Ella apretaba la palanca con toda su fuerza al mismo tiempo que gritaba que se detuvieran.

—¡Quietos, quietos!

—Creo que ya falta poco —exclamó Krayton, que a su vez no cesaba de dirigir sus rayos hacia la parte más vulnerable de aquella pared.

Eva agotó el cargamento….

—¡Dios mío! Esto no funciona.

—¡Espera! Tengo otra carga… Pero ahora no puedo. Un instante. Esto se derrumba….

Pero los monstruos avanzaban. Cada vez estaban más cerca de la pareja… Cinco metros… Iban lentos, muy lentos.

Cuatro metros….

—¡Maldita sea! —también a Krayton se le había terminado la carga.

Krayton buscó en su canana la pila para recargar el arma.

Dos metros.

Krayton cargó la pistola y se volvió hacia los monstruos echándoles una andanada de rayos, para volverse y seguir con la tarea de la perforación.

Los monstruos volvieron hacia adelante.

Dos metros.

—¡Ah! —gritó la muchacha cuando cuatro pares de garras se aproximaban a su cuerpo.

Krayton se volvió para disparar, pero detrás estaban los otros.

La pistola no bastaba para todos. Krayton guardó el arma y se defendió a patadas, tratando de alejar a sus enemigos.

Era una lucha titánica contra la más horrible de las muertes. Ser devorado por unos seres carnívoros cuya única razón era la de subsistir.

Capítulo XV

RAYOS, patadas, lucha sin tregua, hasta que por fin….

La influencia de los disparos había hecho mella en la tierra falsa que acabó para abrir el boquete que Krayton esperaba.

—¡Ahora! —exclamó.

Tiró de la muchacha y la hizo ir por delante de él, mientras se revolvía disparando para paralizar a sus antagonistas.

Era un difícil y estrecho paso, pero la muchacha logró superarlo.

Krayton, tras ella, logró cruzar con bastantes dificultades la única salida.

Momentáneamente estaban libres, pero Krayton quiso ganar tiempo y se volvió disparando contra la insegura pared de tierra.

Consiguió lo que se proponía. El subsuelo tembló y parte de la techumbre se vino abajo bloqueando por completo el túnel.

Lanzando un suspiro exclamó:

—Por aquí no hay peligro. Voy a cargar tu pistola. Luego volveremos al laboratorio.

Pero entretanto, el más grande de los monstruos, aquel ser gigantesco de dos metros y medio de estatura, desde algún lugar del interior parecía transmitir órdenes a través de algún sistema que sólo aquellas criaturas podían comprender.

Y docenas de dedos en forma de agudos garfios arañaban la tierra para abrirse paso.

Krayton y Eva continuaban su carrera a través del túnel.

En el camino encontraron un desvío.

—Estoy desorientada… —murmuró ella, señalando el desvío.

—Estamos siguiendo la ruta hacia el sur. Estoy seguro —dijo Krayton.

—¡Entonces es por aquí! —repuso ella, indicando el desvío.

El monstruo, desde su lugar en las tinieblas, seguía dando órdenes ininteligibles.

Eva y Krayton corrían por el nuevo sendero.

—Debemos estar a un par de kilómetros.

Krayton descubrió una abertura que daba al exterior.

—Salgamos. Eso les despistará, aunque empiezo a dudarlo. Tienen un olfato que alcanza grandes distancias.

Por entre los escombros salieron al exterior tras penosa ascensión.

Krayton empezaba a sentirse fatigado. El oxígeno de su escafandra estaba a cero. Respiraba sólo con las reservas, pero nada dijo a la muchacha y prosiguió, mientras gruesas gotas de sudor perlaban su frente y rostro.

Eva le indicó el camino.

—En línea recta. El ferrocarril describía una curva. Lo recuerdo perfectamente.

Salvando escombros y desmontes siguieron por entre las milenarias

piedras.

En alguna parte quedaban todavía trozos de rótulos anunciadores de productos, de viejos restaurantes, de marcas de vehículos a motor de la época.

Krayton tropezó una vez y cayó. Acumuló fuerzas para levantarse de nuevo.

—La escafandra —murmuró—. Tengo que cambiarla.

Perdió unos momentos y tras arrojar la inservible prosiguieron el largo y penoso camino por entre la vieja ciudad inexistente.

—¿Cuándo llegaremos? —preguntó Julie al piloto Fuling, ya en plena ruta hacia el planeta muerto.

—Pronto, pronto….

—¡Cielos! Pronto puede ser tarde —repuso ella.

Me has hablado de unos Robots —dijo Fuling atento a la ruta y a los distintos mandos, siempre presto a sacar la máxima velocidad del bólido.

—Sí. Están en el laboratorio. Quizá Eva lo haya recordado también….

—Esperemos que así sea.

—Pero ella no sabe dónde está el pupitre de mandos. Esto es lo malo.

—No te preocupes, nena… Todo saldrá bien. Menudo es Krayton… Sí. Es un tipo formidable. No hay quien pueda con él. —Pero Fuling lo decía como si tratara de creérselo él mismo aunque no estuviera demasiado convencido….

* * *

—¡Allí está! —exclamó Eva—. Sé que hay una entrada. Tendremos que encontrarla.

Ahora corrían por la superficie. Tras un buen rato, Eva tropezó entre las múltiples piedras.

—¡Oh!

—¿Te has hecho daño?

—Me he torcido un tobillo. No es nada —murmuró ella, mientras Krayton miraba en derredor.

—Tiene que ser por aquí —murmuró Eva. Y, Krayton le daba masaje en la parte dañada.

La respiración estentórea cercana le advirtió de la presencia de algún nuevo enemigo.

En voz muy baja musitó:

—Debemos alejarnos. Les tenemos aquí de nuevo. Surgen de todas partes.

Al ir a incorporarse, Eva tomó entre sus manos una de las piedras. Tenía una especie de forma extraña. Era parte de una cruz, en la que todavía podían leerse unas inscripciones.

Un monumento a los muertos de pasadas guerras.

—¡Aquí! —exclamó de pronto la muchacha—. Es el monumento a los héroes. La entrada estaba… —miró en torno suyo y fijó un punto en algún lado donde no existían otra cosa que escombros.

—Tenemos que encontrar la entrada. Había un ascensor para bajar al

subsuelo, y unas escaleras… Tienen que estar ahí.

Observando por entre los desmontes, Krayton advirtió la proximidad del río reseco.

Habían recorrido un gran trayecto y ahora estaban más o menos en un lugar cercano al que habían entrado la primera vez.

A lo lejos, las formas fantasmagóricas de los entes carnívoros amenazaban con su presencia.

Krayton comenzó a retirar escombros sirviéndose de las manos enguantadas con la tela metalizada que le mantenía ajeno a cualquier posible contaminación.

La situación de peligro no había concluido, y por conocida hizo que Eva se pusiera en guardia con la pistola preparada por si tenía que utilizarla.

Aquella vez no fue preciso porque Krayton dio con el agujero preciso por donde penetrar.

Pero aquello no significaba estar libres de peligro porque el gigantesco ente carnívoro, aquel que parecía disponer del poder para transmitir órdenes, había congregado a un buen número de su gente ante sí.

Mediante gruñidos les indicó lo que tenían que hacer.

Un considerable número de aquellos seres se plantaron ante una puerta metálica en el subsuelo. Una entrada cerrada que se mantenía intacta.

El ser de más envergadura manipuló unos mandos para lograr que la puerta se corriera a un lado.

Tras el metal que encaraba la estancia se encontraba la sala de los robots.

—El gorila —el ente de mayor envergadura, el jefe sonrió como si acabara de conseguir su mayor triunfo.

Capítulo XVI

EVA y Krayton seguían por el subterráneo. El pasadizo no era muy largo y la luz rojiza indicaba su punto de destino.

—Es allí. Hemos tenido suerte, Krayton. ¿Entiendes tú algo de electrónica?

—Bueno. Conozco los sistemas de mi habitáculo —respondió Krayton.

—Es que ignoro las claves. Pero hay un modo para hacer obedecer a los robots. Están programados para infinidad de utilidades. Ellos pueden defendernos —repuso Eva.

—No te preocupes. Cuando me halle delante de los mandos, veré lo que se puede hacer.

Recorrieron el último trecho de corredor, hasta llegar a una sala ancha, desierta.

Krayton observó algunos cuadros de mandos, pantallas que parecían conservarse en buen estado, un par de pupitres con palancas, procesadores de datos, cintas facilitadoras de claves y un cerebro electrónico regidor de todo sistema.

Se puso manos a la obra sentándose ante un pupitre.

—Tú vigila, Eva —le pidió.

Krayton trató de buscar las claves precisas escritas en un lenguaje que no le era del todo extraño.

No obstante, antes de poder ponerse al corriente, la muchacha lanzó un grito.

Krayton se volvió, a tiempo de ver cómo uno de los paneles de la pared se estaba corriendo rápidamente.

Tras el panel, en una sala con luz aproximada a la que ellos disfrutaban, se erguían una considerable cantidad de formas monstruosas y velludas. Junto a ellas cuatro robots parecían actuar como aliados suyos.

—¡Los Robots! —exclamó Eva—. Ellos los han descubierto…

Una risa gutural, un grito infrahumano resonó por todo el ámbito. Procedía del jefe de toda aquella tribu antropológica como señal de victoria….

Y los Robots comenzaron a moverse.

—Parece que adivine todos nuestros pensamientos… —murmuró Krayton —. Está haciendo que los Robots vengan contra nosotros.

—¡Detenlos, Krayton! —exclamó Eva—. ¡Detenlos!

Los Robots levantaban sus articulaciones delanteras.

—¡Pueden fulminamos! —gritó la muchacha—. De sus extremidades surgen rayos. Yo vi la prueba que presentó mi padre.

—Tranquila. Ten calma… —Krayton seguía buscando. Apretó algunos botones sin el menor resultado, mientras los robots seguían avanzando dominados por los caníbales.

—Vamos a ver…, 07 «Todo fuera» —leyó Krayton.

Pulsó el botón.

La puerta metálica del centro de la estancia comenzó a abrirse.

—¡Krayton! —gritó la muchacha aterrorizada.

El gigantesco monstruo carnívoro apareció ante ellos con expresión de triunfo. Estaba rodeado de otros cuatro robots.

El gigantón se quedó rezagado dejando que los monstruos avanzaran.

Los de la parte de atrás también habían comenzado a caminar hacia ellos.

—¡Nos van a rodear! —exclamó Eva.

Krayton sólo trataba de buscar el botón que pudiera paralizarlos momentáneamente.

—¡Detenlos, detenlos! —gritaba ella.

Al pulsar un nuevo botón se abrió una puerta lateral y Krayton creyó conveniente advertir a Eva:

—Trata de averiguar si conecta con la otra sala, Eva.

—No, Krayton… Tengo miedo.

—¡Sal de aquí, Eva! Intenta al menos deshibernar a todos,

Ella dudó. Los Robots se acercaban.

—No temas. No nos matarán… Esa gente nos quiere vivos —y con amargo humorismo añadió más bajo—: Aunque quizá pretendan asarnos primero….

* * *

En aquellos dramáticos instantes Fuling y Julie sobrevolaban el planeta muerto.

—Toma tierra en el mismo sitio de antes. ¡No! ¡Espera! Más adelante. Aminora la marcha y baja tanto como puedas. Yo te indicaré el lugar.

—Da gusto tener una guía como tú —sonrió el piloto.

—No bromees. No es fácil orientarse entre tantos escombros… Pero si pudiésemos llegar a la sala de Robots… Debió ocurrírseme antes.

—Bueno. Tú dirás….

—Más allá, Fuling. Sigue el curso del río. Describe una pequeña curva, una vez hayas pasado. Había un remanso. Se ensanchaba y formaba una playa —dijo Julie, casi soñadora.

—¿De cuánto tiempo hablas, querida?

—Tienes razón. Han pasado siglos. Todavía no comprendo… ¡Oh! Detente ahí… Donde están aquellos hierros.

* * *

Mientras Fuling hacía las maniobras pertinentes, Eva había pasado a la sala contigua y corría hacia el pupitre central, pero pronto la estancia fue invadida por los carnívoros, que parecían haber surgido de entre las mismísimas paredes.

Capítulo XVII

—¡KRAYTON, Krayton! —gritó asustada Eva al verse rodeada de los seres velludos cuyas garras agitaban hacia ella, hambrientos, deseosos de probar el fresco jugo de la blanca carne que mostraba la muchacha en su desnudez integral.

Krayton luchaba con las palancas y los botones para ver de paralizar a los Robots.

Y mientras tanto, Julie y Fuling corrían hacia uno de los agujeros del antiguo curso del río.

El sonido de respiraciones jadeantes y los aullidos que lanzaban— las extrañas criaturas podía ser oído por ellos.

—¡Dios mío! —exclamó Julie—. El subsuelo está repleto de esa extraña gente.

—¡Vamos! Ojalá encontremos a Krayton y a Eva —replicó el piloto, ayudando a la muchacha a deslizarse por entre las piedras del agujero que daba entrada en aquella parte del subsuelo.

Llegaron a un oscuro pasadizo en el cual Julie trató de orientarse.

—Creo que es por allí —indicó justamente el lugar donde se oían los gemidos.

Eran las criaturas que se estaban aproximando a la muchacha, a Eva, que a instancias de Krayton utilizó su pistola.

—¡Dispara, dispara! —gritaba él—. Trata de paralizarlos. Dispara —repetía.

Dejó un momento de manipular para correr hacia la entrada de la sala contigua.

Con su arma, Krayton disparó a su vez. El rayo producía una especie de humareda poco densa, pero que indudablemente producía efectos tóxicos a la naturaleza de los seres antropófagos.

Cuando Krayton quiso volver, los Robots habían avanzado casi adueñándose del cuadro de mandos. Con ellos iba el gigantesco gorila. El caníbal de mayor envergadura que mostraba su satisfacción por el triunfo que creía haber alcanzado.

Krayton creyó entender, lo que más que humano era una bestia y estaba profiriendo en aquellos, momentos:

«Estáis vencidos…, vuestra carne nos alimentará para una buena temporada. Os necesitamos para nuestra subsistencia.»

—¡Maldita bestia! —rugió Krayton—, No te saldrás con la tuya. Puede que yo caiga en la empresa, pero vendrán otros y acabarán con vuestra raza….

Disparó su arma contra su principal enemigo, que quedó, como solía ocurrir siempre, medio atontado. Luego atacó a los Robots comprobando que su estructura era mucho más endeble.

Los rayos de su arma inmovilizaban por completo los movimientos de

aquellas máquinas metálicas.

Dos de los Robots quedaron fulminados por completo, convirtiéndose al impacto de las armas en pura chatarra. Eso facilitó la tarea de Krayton que en medio de aquel caos consiguió llegar de nuevo a los mandos.

Por fin encontró el botón que buscaba.

«ROBOT Stop» —pudo leer.

Las máquinas mecánicas quedaron paralizadas mientras el gigante se reponía para decidirse a atacar abiertamente a Krayton.

Sus afilados garfios —cuatro en cada mano— avanzaron hacia el cuerpo de Krayton,

Era necesario emplear, una vez más, las armas para disponer de una ligera ventaja.

Krayton disparó y seguidamente pasó al ataque.

Los fuertes puños del hombre se estrellaron contra el cuerpo inamovible del gigante.

Una y otra vez Krayton arremetió contra su rival que parecía no acusar en absoluto la dinamita que llevaban aquellos golpes bien calculados de su antagonista.

Krayton acabó por lanzarse contra él con la cabeza por delante. Su embestida fue de tal contundencia que el gigante trastabilló hasta caer contra uno de los paralizados Robots, pero en seguida se prestó nuevamente al ataque.

Con un golpe preciso el ente gigantesco desarmó a Krayton y trató de clavar sus garras en el cuerpo del hombre.

Con tremendo esfuerzo Krayton logró liberarse retorciendo la extremidad superior del monstruo, que lanzó un gruñido.

«Era necesario luchar con técnica», pensó el hombre y atacó de nuevo lanzándole esta vez contra el pupitre.

Varias luces oscilaron intermitentemente mientras los Robots, impulsados por el botón ordenador, tornaban a ponerse en funcionamiento.

El gorila lanzó una estruendosa carcajada como si de nuevo pensara en que la victoria estaba a su favor.

Y en esa ocasión fue él quien se lanzó con toda su envergadura contra Krayton.

Este recibió el golpe y fue a dar con su cuerpo contra el metalizado suelo.

Le costó rehacerse, y el monstruo ya estaba allí impidiéndole levantarse.

Krayton se lanzó por entre las velludas piernas del asexuado enemigo y consiguió derribarle.

Acto seguido se apoderó del arma y empezó a disparar acercándose más y más al extraño y poderoso enemigo.

El gorila acusó los impactos, quedando grotescamente sentado sobre el suelo.

—Tengo que acabar con él como sea —exclamó Krayton, pero no podía descuidar lo que estaba sucediendo en la estancia contigua donde Eva trataba

de mantener paralizados a sus enemigos.

Fue entonces que desde la cavidad se escuchó un tremendo grito. Era de una mujer.

Julie….

Capítulo XVIII

JULIE, hasta el momento de entrar en el subterráneo, había llevado la delantera para guiar al piloto Fuling.

En un cruce de caminos, la muchacha había avanzado hacia su izquierda, mientras Fuling tropezó con algo y perdió su linterna.

Perdió unos breves segundos al tiempo que gritaba:

—¡Eh, Julie! Espera un momento.

Fue precisamente entonces cuando de entre la oscuridad surgieron un par de formas que se lanzaron contra la muchacha, que comenzó a gritar desesperadamente.

Las poderosas garras de los carnívoros la atenazaban. Julie sintió el inmenso dolor en su carne desgarrada por los poderosos garfios de quienes pretendían saciarse con su carne.

—¡Julie! —gritó Fuling, yendo en pos de ella para ayudarla.

Cuando su linterna enfocó la escena y quiso disparar comprendió que era imposible hacerlo por el peligro que entrañaba para la integridad de la muchacha.

—¡Malditas fieras! —exclamó y no le quedó más remedio que arremeter contra ellos con sus propias manos. Guardó la pistola en la funda y colocándose detrás de uno de los agresores de la chica intentó arrancarlo para sustraerle su presa.

El carnívoro se revolvió lanzando un ronco gruñido.

Fuling, de menor corpulencia que Krayton, pero con buena técnica, le asestó un golpe en el cuerpo que el caníbal acusó. Luego, utilizando los pies, lo pataleó para mantenerlo lejos de su víctima.

Con la pistola le paralizó para dedicarse al otro que luchaba con Julie la cual desesperadamente y sangrando parte de su cuerpo se esforzaba por desasirse de aquellas poderosas garras.

Fuling arremetió contra él, golpeándole con el mango del arma que llevaba en la mano.

Una vez más, se entabló una lucha entre ambos contendientes, mientras Julie había caído casi anonadada por el esfuerzo, y exhausta.

—¡Dispara, Julie! Dispara contra el otro.

Tenían ya la pelea casi a su favor cuando nuevas formas surgieron como de entre las paredes. No era así sin embargo. El túnel disponía de varias cavidades *y* tras cada una de ellas había aparecido un monstrua cuyo olfato le indicaba la presencia de un buen manjar.

Fuling, libre de su segundo atacante, disparó contra él cuando Julie gritó de nuevo ante el cerco que los demás habían montado a su alrededor.

—¡Atrás! Volvamos atrás —exclamó el piloto.

Pero también a su espalda habían surgido nuevos velludos carnívoros.

¡Estaban atrapados!

* * *

—¡Es la voz de Julie! —exclamó Eva desde la estancia donde luchaba, a su vez, con el arma de rayos para paralizar a los inmunes antropófagos.

Krayton, por su parte, había conseguido paralizar a los Robots y ahora buscaba el medio de convertirles en sus aliados.

—Fuling ha regresado, quizá se encuentre en un apuro —exclamó—. Tengo que encontrar el medio de obtener la ayuda de los Robots.

—¡Krayton, Krayton! Ya no puedo más —gemía Eva ante la imposibilidad de contener a la veintena de caníbales que tenía a su entorno.

Krayton dejó el pupitre y corrió hacia ella.

—Dispara, dispara. Yo me ocuparé de éstos —y Krayton arremetió contra dos de ellos de menor envergadura que el gigantón. Su cabeza, provista de la escafandra de material duro pese a su transparencia, derribó a uno de los carnívoros, mientras con la otra mano paralizaba al más próximo para proseguir aquella lucha sin tregua ni cuartel.

A pesar de sus esfuerzos, Eva se vio sujeta por las férreas tenazas de uno de sus enemigos. Lanzó un grito y se echó hacia atrás dando su espalda contra el tablero.

Fue entonces cuando se encendió una luz.

Sin proponérselo había topado contra la palanca clave y se produjo algo parecido a un silbido que concluyó con un zumbido intermitente.

En algún lugar de la pantalla salieron unos signos.

Era la deshibernación general de los internados en las cámaras subterráneas.

Krayton comprendió lo que estaba sucediendo e interiormente se dijo:

«Lo hemos conseguido.»

Pero en aquellos momentos lo importante era liberar a Eva y luego tratar de ayudar a Julie y a Fuling.

Luchó a brazo partido con el caníbal que trataba de sujetar a Eva y al tenerlo lejos arrojó contra él los rayos de su pistola.

—¡Salgamos de aquí! Ve tú delante. Yo intentaré cerrar las puertas y dejarles aislados. Corre, Eva, reúnete con tu gente y ayuda a Julie y a Fuling.

—¿Y tú? —inquirió ella.

—No puedo dejar a los Robots en manos de los caníbales.

No había tiempo que perder. Eva salió huyendo mientras Krayton se volvía hacia la estancia contigua.

El gigantesco gorila, ya repuesto, estaba manipulando en los mandos. Otra vez los rayos de la pistola de Krayton lograron el momentáneo paralizamiento de tan extraño como nefasto ente.

Krayton consiguió, al fin, encontrar el botón que autodirigía a las máquinas mecánicas.

—Aquí está. Veamos si logro descifrar esto.

Pero el gigantón estaba de nuevo en posición de ataque.

Krayton pulsó un botón. Un Robot se puso en movimiento.

—Tengo que dirigirlo contra mi enemigo….

Pareció oír a su espalda el gruñido del gorila, que intentaba decirle:

—No. No lo conseguirás. No lo conseguirás. Somos más fuertes. Vuestras armas no tienen poder contra nuestra raza. Somos deformaciones nacidas de la desintegración del átomo… Sólo podéis paralizarme unos instantes, pero jamás conseguiréis eliminarme. Ni tú, ni los seres metálicos.

En la estancia había otros carnívoros que parecían aguardar órdenes concretas.

Krayton actuó de prisa dirigiendo al Robot a los dos carnívoros.

Había dado con la palanca manipuladora.

—Ahora comprendo. Quien ideó eso, dio una amplia autonomía a los Robots, pero pueden ser dirigidos y atacar. Veamos si sale bien….

Tiró de una palanca.

El Robot alargó sus brazos y de entre lo que venían a ser sus manos se abrió un agujero.

—¡Rayos! Disparan rayos —exclamó triunfante Krayton y seguidamente pulsó el botón.

Efectivamente, de ambas manos de la máquina metálica surgieron poderosos rayos.

Esta vez los dos seres carnívoros quedaron algo más que paralizados. La fuerza más poderosa de los rayos del Robot les fulminó. Les estaba quemando en vivo, y de lo más profundo de sus respectivos cuerpos surgió un gruñido indescriptible, un grito animalesco, monstruoso; un auténtico estertor de muerte.

El gorila lanzó, a su vez, un grito al ver cómo perdía a diez de los suyos y se lanzó contra Krayton atenazándole por el cuello.

El hombre intentó defenderse, pero no podía hacer otra cosa que debatirse entre los poderosos brazos de su enemigo, que iba apretando como si quisiera estrangularle.

Mientras apretaba emitía unos aullidos ensordecedores y Krayton, en su esfuerzo para sobrevivir, creía entender unas palabras llenas de odio, y de ansias de matar.

—Ya no podrás seguir viviendo para eliminar a nuestra raza. Acabaré contigo. Eres el más inteligente, pero de nada te servirán tus artimañas.

Y a cada nuevo gruñido parecía añadir:

—Muere… Muere… Muere….

Capítulo XIX

LA presión que ejercía el gorila hizo saltar la escafandra de Krayton. Y en tales condiciones tenía que luchar con un doble peligro. La asfixia por la presión de aquel poderoso brazo y la falta de oxígeno para seguir aguantando.

Creyó que había llegado el último momento de su vida y se autoimpuso el deber de hacer el postrer esfuerzo para liberarse de su enemigo.

Concentró todas sus fuerzas en los brazos que había dejado lacios, colgando de sus costados.

Cerró la boca para evitar respirar un aire que tampoco existía. Y esperó el momento oportuno.

Había llegado.

Era imposible esperar más.

Su cuello pareció ensancharse en un tremendo esfuerzo, al mismo tiempo que sus manos, ágiles, se alzaban hacia atrás para atenazar la velluda cabeza de su rival.

El espectáculo de un ser de envergadura corriente luchando contra un descomunal enemigo que le doblaba en casi todo fue algo de difícil descripción.

Porque, aunque al principio pudiera parecer utópico, Krayton consiguió que su titánico esfuerzo hiciera mella en Su rival, y así el gigantesco antagonista lanzó un grito al tiempo que aflojaba su poderosa presión.

Krayton flexionó su cuerpo hacia adelante y continuando en su tremendo esfuerzo hizo saltar a su atacante por encima de su cabeza.

El gorila cayó dando tumbos y medio atontado se alejó como si buscara un refugio donde reponerse.

Había recibido un tremendo castigo y ahora andaba aullando mientras desaparecía tras el refugio de los Robots.

Lo más notable de todo lo ocurrido, Krayton no pudo saberlo, porque por varios minutos los restantes miembros de aquella extraña y malévola sociedad subterránea parecieron quedar como inconscientes de lo que tenían que hacer.

Seguían vivos, sus ojos brillaban en la oscuridad y sus manos —garras— se agitaban nerviosas, no obstante, lo ocurrido a su jefe parecía haberles afectado. Incluso en la distancia.

Krayton hubiera pensado que el gorila disponía de algún poder de transmisión, con el cual ordenaba a los demás.

Cerró la puerta por la que había huido y a través de las cámaras pudo ver cómo quedaba completamente aislado.

En una de las pantallas podía verle arrastrándose por el suelo y aullando como una fiera herida.

—Ahí te quedarás —murmuró Krayton, y al mismo tiempo accionó la palanca de otro Robot y de otro. Consiguió poner en movimiento a cuatro de ellos.

Fijó la pantalla de modo que pudiera tenerlos siempre a la vista y exclamó:

—Vamos, amigos. ¡A por el resto! Yo os dirigiré….

Accionando los mandos los cuatro seres metálicos se pusieron en marcha.

Y entretanto….

* * *

Julie y Fuling, a punto de perecer entre las garras de un par de docenas de caníbales, se habían visto libres por la momentánea inmovilidad de sus enemigos.

—Algo ha ocurrido —murmuró Fuling—. No sé qué ha podido ser, pero tenemos que aprovechar la ocasión para huir.

Julie, con las carnes desgarradas, apenas podía moverse. Había recibido furiosos ataques de quienes sólo pretendían darse un banquete con ella.

—Yo te ayudaré —dijo Fuling—. Cógete a mi cuello, agárrate bien. Tenemos que salir de aquí.

Pasaron por en medio de los caníbales y Fuling mascculló entre dientes algo ininteligible.

Era una maldición contra aquellos entes que parecían invencibles.

Las cosas, sin embargo, parecían ponerse bien para los salvadores de los supervivientes del llamado planeta muerto.

Porque en la base subacuática de donde procedían Krayton y Fuling, el profesor Belcourt había logrado su objetivo.

* * *

Belcourt, con un grupo de indígenas, estaba trabajando en el primer aparato espacial.

—Ya está —dijo a través de un micro.

Yumata, el jefe de la tribu lacustre, preguntó:

—¿Conseguirá dar a nuestras naves una mayor autonomía? ¿Podrán volar sin riesgo a perderse en el camino?

—¡Ya lo creo! Desde ahora podrán recorrer todas las galaxias.

—Muy bien, dé instrucciones a la gente y usted ocúpese de nuestras baterías de oxígeno.

—Ya no van a necesitar el oxígeno. Podrán salir de ese nido infecto bajo aguas contaminadas.

—Sí, Belcourt. Así lo haremos, pero entretanto tenemos que vivir aquí y usted debe ayudarnos.

—Sí, Yumata… En seguida me pongo a trabajar en ello.

Luego, Belcourt se dirigió a los técnicos que le habían ayudado a reconstruir los sistemas de combustible de la nave.

—Ya conocéis el proceso —dijo—. Seguid la línea trazada. Daos prisa. Yo también quiero salvar a los míos.

—Sí, Belcourt —dijo el jefe del equipo de ayudantes—. Ahora ya todo es

fácil. Y te has ganado el que todos te ayudemos a ti y a los tuyos.

Sin embargo, algo empezaba a entorpecerse.

No todo estaba resuelto ni mucho menos, porque….

Capítulo XX

LOS hibernados, aletargados aún y extraños a su vuelta a la normalidad se desperezaban en el interior de sus urnas verticales.

—¡Libres! ¡Sois libres otra vez! —gritaba Eva que parecía haber olvidado los malos trances. Ni siquiera parecían dolerle los brazos y las piernas arañadas por las garras de los velludos carnívoros.

Iban saliendo de sus respectivas celdas de cristal, mientras algunos comenzaban a preguntar extrañados y Eva trataba de responder a todos en general

—Ha ocurrido algo extraordinario… No podemos precisar el tiempo transcurrido desde que mi padre les hibernó. Soy Eva. ¿Saben? Eva. Muchos de vosotros me conocéis… ¡Oh, profesor Glendale…! ¿Me recuerda?

—Mi joven amiga…, ¿qué ha pasado aquí? —inquirió el hombre.

—Es muy largo de contar. Debemos concentrarnos todos. Unas naves nos recogerán para transportarnos a lugar seguro.

—¿Lugar seguro?

—¿Qué le ha ocurrido a la ciudad?

Una mujer lanzó un grito de pavor al ver a uno de los cuatro Robots, que avanzaba ya por el corredor controlados por Krayton.

—No se asusten. Krayton es quien maneja a los Robots… No deben perder la calma. Han ocurrido muchas cosas. Por favor, mantengan la calma.

—Entonces… —el profesor Glendale fue el primero en reaccionar aun sin haber visto nada—. Ha sido una larga hibernación… ¿Cuánto…, cuánto tiempo?

—No lo sé, profesor… Ahora estoy tratando de encontrar a mi padre….

—Tu padre. No. No le vi.

—Claro. Él les hibernó a todos antes de que sucediera algo terrible….

—Terrible —repitió Glendale.

—Por favor. Vaya a la sala de control. Hay un hombre allí. Es Krayton, un amigo nuestro… Él ha venido en busca de algo para salvar a los suyos y en pago quiere ayudarnos. Vayan allí.

Alguien empezó a quejarse.

—¡Qué rara atmósfera! No hay aire….

—Cuando se recuperen métanse en las cabinas de hibernación. Resistan cuanto puedan. Pronto vendrán a por nosotros. No nos faltará el oxígeno.

—Me gustaría echar un vistazo fuera. ¿Qué ha pasado? —preguntó una voz varonil.

Era un doctor llamado Salais.

—Todo está destruido —repuso Eva, yendo de un lado para otro.

Y mientras tanto, Julie por su parte, aunque agotada, hacía un tremendo esfuerzo para sobreponerse a la realidad.

Ella y Fuling se dirigían por otro de los senderos subterráneos huyendo de

los todavía inmóviles caníbales.

—La central —dijo de pronto.

—¿Qué central?

—Hay un centro generador de energía que controla todo el subterráneo. Desde allí ganaremos tiempo.

—¿Sabes por dónde se va?

—Intentaré encontrar el camino —repuso la muchacha, que ya trataba de andar por sí sola sin la ayuda de Fuling que cogido a su mano la seguía.

Por su parte, Krayton guiaba a los Robots para que cual perros sabuesos persiguieran al enemigo.

Krayton comprendió el superior poder de las armas que representaban las manos de aquellos entes metálicos.

—Plutouranita. Sus rayos son más fuertes que el viejo Láser y más poderosos que los nuestros….

En los hibernaderos ya casi todos habían recobrado la vida largos años aletargada.

Todo, pues, parecía funcionar a la perfección.

Sólo que….

Fue entonces cuando el gigantesco jefe de aquella tribu caníbal reaccionó desde su reducto subterráneo.

Toda su faz pareció experimentar una mutación. Su cuerpo se agrandó mostrando una musculatura superior a la que ya poseía. Hinchó el pecho y cerró sus poderosas manos provistas de aquellos terribles garfios.

Un aullido tremendo traspasó las metalizadas paredes de aquella parte del subsuelo que había quedado intacto.

Aquel grito indescriptible paralizó a los humanos que habían vuelto a sobrevivir, mientras algunas murallas metálicas caían, desencajándose de sus ya maltrechos soportes.

Era el momento en que el profesor Glendale golpeaba la puerta tras la cual Krayton, aislado, dirigía a los Robots.

—Abra, abra. Sé que se llama Krayton. Me manda Eva para ayudarle —decía el profesor.

En aquel instante la puerta reventó a consecuencia del repetido aullido del gigantón velludo y antropófago.

Casi al mismo instante los paralizados miembros de aquella comunidad carnívora parecieron despertar al grito de su jefe y se pusieron en movimiento.

Kilos y kilos de carne fresca les aguardaban por los corredores.

—A la sala de pruebas, a la sala de pruebas —decía un antiguo técnico de los servicios especiales de aquel planeta muerto—. Concentrémonos todos allí.

Eva seguía intentando encontrar a su padre.

Glendale se había puesto al lado de Krayton.

La presentación fue breve. No era el mejor momento para ceremonias.

—Veo que lo hace muy bien. Pero ¿qué es lo que sucede aquí?

—¿Conocían ustedes antes una raza velluda de seres carnívoros?

Empezaban a oírse gritos.

Entonces estalló la puerta tras la cual había permanecido encerrado el más grande de aquellos simiescos e indescriptibles seres.

—¡Cielos! —exclamó el profesor.

Pero contra lo que Krayton creía, el gran gorila no apareció en el umbral.

—Es su voz. Su terrible aullido —explicó Krayton.

—¡Los Mongos! —exclamó Glendale.

—¡Mongos! Nunca había oído hablar de ellos —repuso Krayton—. ¿A qué galaxia pertenecen?

—No lo sé. El profesor Flaubert lo había anticipado. En uno de sus informes dijo algo respecto a esa hipotética raza….

Y a continuación, Glendale aclaró:

—Flaubert es el padre de Eva… Ella le está buscando, pobre muchacha… No creo que logre encontrarle. La hibernación se produjo cuando ocurrió aquello….

En breves palabras Glendale explicó:

—Un depósito de Plutouranita fue manipulado no se sabe por quién. Había empezado una guerra terrible. Se llamó la definitiva… Nuestro mundo estaba enzarzado en luchas aisladas, eran auténticas guerras que tenían lugar en todos los continentes. Todas eran manejadas por los grandes grupos, los poderosos… Flaubert descubrió la Plutouranita. Y todos querían conseguirla.

Glendale recordó los últimos pasajes de aquel siglo terrible en que todo un planeta quedó muerto.

Capítulo XXI

—FLAUBERT —siguió Glendale con sus recuerdos— comprendió que había llegado el fin. No podía salvar a toda la ciudad, pero hizo cuanto pudo para preservar de las circunstancias al mayor número de humanos….

»Casi todas las cámaras se llenaron de gente sin discriminación de ninguna clase.

«Recuerdo que dijo:

«"Vosotros seréis los continuadores de nuestra raza, y algún día, Dios sabe cuándo, volveréis a la vida, iniciaréis una ardua tarea… "

Flaubert hizo una pausa.

—No hay tarea que realizar, porque éste es un mundo sin vida… La desintegración del átomo…, las armas nucleares terminaron con todo….

—En otros planetas ocurrió algo semejante, aunque quizá en distinta época —repuso Krayton.

—Es posible….

El aullido del jefe de aquella tribu parecía ser inagotable. Su tremenda fuerza amenazaba con hacer estallar los tímpanos de quienes tenían que sufrirlo.

—Y esa gente…, esos seres —siguió Glendale— sólo pueden ser los Mongos que predijo el maestro. Entes nacidos en el espacio, capaz de sobrevivir en cualquier ambiente. Humanoides antropófagos nacidos por causas misteriosas a consecuencia de la desintegración del núcleo….

—Mis armas son impotentes contra ellos —explicó Krayton—. Pero la Plutouranita les puede. Mire allí —indicó el lugar donde uno de los Robots había abatido a dos de aquellos miembros, pero comprobó que ya no estaban.

—No pueden haberse desintegrado… —exclamó y luego comprendió.

¡El grito!

—El grito de su jefe les ha devuelto la vida. ¡Es increíble el poder de los Mongos!

—Siga aquí, Krayton. Intentaré encontrarle un técnico. Usted lo está haciendo muy bien. Yo noto que se me acaba el oxígeno acumulado, pero pretenderé llegar hasta el cerebro central. Desde allí podré dominar la situación.

—Está bien, profesor. Vaya tranquilo. Agrupe a la gente próxima a la salida. No creo que las naves puedan tardar demasiado. Pondremos a salvo el mayor número de gente posible. Disponemos de grandes naves,

Glendale asintió.

—Suerte, Krayton. Suerte. Y gracias por todo lo que está haciendo.

—No podía abandonarles.

—Hasta la vista, Krayton.

* * *

Julie y Fuling habían llegado hasta el corredor que conducía a la estancia central, donde radicaba el cerebro que regía todos los mandos de aquel subsuelo destinado a las exploraciones científicas.

Una enorme equis encerrada dentro de la letra O hizo exclamar a la muchacha:

—¡Ahí es! Lo hemos logrado. Hay un compartimiento de oxígeno y medios auditivos para poder advertir de nuestra presencia. Incluso podemos guiarlos hasta aquí.

—¡Lo hemos conseguido, gracias a ti! —sonrió Fuling.

Corrieron hacia aquella galería donde las explosiones exteriores habían dejado su huella.

La puerta no estaba cerrada por completo, lo cual iba a facilitarles el acceso al interior.

Pero con lo que ni Julie ni el joven Fuling contaban era lo que precisamente estaba allí.

Engreído, soberbio, más gigantesco que nunca: el jefe de los Mongos.

Había llegado antes y dominaba por completo el cerebro central.

Con él había un nutrido séquito.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha, aterrada ante aquella visión.

—¡Atrás! ¡Atrás! —ordenó Fuling mientras comenzaba a disparar su pistola, aun sabiendo que sólo era útil para paralizar momentáneamente a sus enemigos—. Hemos de conseguir llegar hasta los mandos.

—¡Y las armas, Fuling! Aquí está el depósito de armas de Plutouranita.

Pero por una vez, el monstruo gigantesco pareció no acusar siquiera los impactos del rayo que Fuling le dirigía.

—Es increíble. No les atonta siquiera —exclamó el joven piloto.

Pero ignoraba que aquel atontamiento producido por el núcleo de fuego, lejos de producirles daño alguno les hacía más fuertes, como cualquier virus que ha logrado superar el ataque que para él significa un medicamento.

Habituados ya a los rayos, éstos en lugar de dañarles les estimulaban. Los Mongos de ese modo eran como microbios supervivientes al medicamento destinado a destruirles y, por lo tanto, se habían fortalecido.

—¡Microbios! —exclamó Julie comprendiendo—. Eso es lo que son. Enormes microcuerpos malignos que se han ido desarrollando hasta adoptar esa horripilante forma… Huyamos. ¡Dios mío!

Fuling retrocedió sin dejar de disparar, lo cual seguía siendo para ellos totalmente inocuo.

Pero tras la pareja otros entes refortalecidos les cerraban el paso.

Fuling giró en redondo, tratando de abrirse camino, pero los Mongos seguían avanzando.

Una furiosa garra hizo presa en un brazo de Julie que lanzó un alarido.

El Mongo tiró con furia dejando clavadas sus largas y cortantes pezuñas.

La fuerza era tal que arrancó de cuajo el brazo de la muchacha.

Fuling estaba aterido, soltó la pistola y arremetió contra el Mongo.

Fue inútil porque otros dos le sujetaron clavándole sus afiladas zarpas.

Ahora era Fuling el que gritaba, tratando de liberarse de la presa mientras con ojos horrorizados veía cómo el cuerpo de su compañera era despedazado.

El Gorila, el Jefe, el Superior de aquella raza, más engreído que nunca dejaba traslucir en sus ojos la satisfacción por la victoria que estaba seguro iba a ser total.

Los gritos de Julie eran enloquecedores, mientras Fuling, impotente para poderle ayudar, sentía los mordiscos de los hambrientos caníbales sobre distintas partes de su cuerpo.

El gran Gorila manipuló en los aparatos. Lo hizo de forma rudimentaria, pero efectiva y en aquellos instantes los Robots dejaron de- obedecer los mandos que manipulaba Krayton.

Las chispas de Plutouranita invadían ahora los laberínticos corredores del subterráneo, mientras otros Mongos iban a la caza de la carne humana que deambulaba para reunirse, capitaneada por Eva.

De pronto el paso les quedó cortado por la presencia de varias decenas de aquellos microbios gigantescos, velludos y carnívoros que lanzando sordos aullidos iban en pos de ellos.

—¡Atrás, atrás! —gritó Eva.

La falta de oxígeno quedaba compensada con el fluido de la Plutouranita que desprendían los Robots, pero a su vez éstos se habían convertido en enemigos de los humanos.

Privados de pensar por sí mismo, y guiados únicamente por la palanca conductora del cerebro que los regía, avanzaban con sus ojos ciegos en pos de quienes los habían creado.

Capítulo XXII

—¡BUSQUEMOS una salida! —gritó alguien.

El tumulto de gente que había despertado en el umbral de la muerte se abalanzaba hacia uno de los agujeros del túnel. Algunos habían iniciado la acción de trepar entre los escombros.

Nadie se preguntaba ya lo que había ocurrido en el continente. Sólo tenían todos la misma obsesión: sobrevivir.

Sobrevivir.

Pero había que luchar contra aquellos monstruos a los que ningún arma les hacía mella.

Y así, el profesor Glendale había llegado hasta la Central, donde el cerebro regía todas las plantas subterráneas.

Allí, con un escalofrío de espanto, observó lo que estaba sucediendo.

Restos humanos devorados, disputados brutalmente por aquellos entes carnívoros, animales, por aquellos microbios gigantescos que se alimentaban de la carne sana que hallaban a su paso.

Julie y Fuling eran sólo pedazos sueltos con los que saciaban su apetito las formas velludas, negruzcas y repugnantes.

Su presencia, detectada por otros miembros de aquella familia infrahumana, le hizo comprender el peligro y retroceder hasta encontrar un pequeño agujero donde zafarse del acoso.

Mientras tanto resultaba del todo inútil que Krayton manipulase en los mandos de su pupitre.

Eva entró en la estancia aterida de pánico.

—¡Krayton! Todo se ha vuelto contra nosotros. Los monstruos atacan y los Robots nos acosan con sus rayos. ¡No podremos salir nunca más de aquí!

—¿Cómo es posible? ¡Todo funcionaba a la perfección….! ¡Ese maldito Gorila es indestructible!

—Sólo hay una explicación —replicó ella y explicó a continuación—: El control central. Se ha apoderado del control y por eso puede dominar cada punto del subterráneo.

—Entonces no tenemos más remedio que buscar una salida. Y destruir esto, enterrar a esos monstruos bajo tierra. Enterrarles para siempre.

El griterío de la gente era la prueba del pánico de aquellos instantes que podían ser decisivos.

—¡Eva! —la voz grave y vibrante de Krayton se mostraba serena, pero contundente a la vez. Era necesario adoptar una rápida solución—. Busca una salida por ese lado. Se han producido derrumbamientos. Habrá algún lugar donde escapar. Buscad la nave de Fuling, seguro que no estará lejos. Los que puedan que se refugien junto a ella. Desde dentro protegeros con rayos. Tratad por todos los medios de paralizar a esos parásitos inmundos.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Tratar de encontrar a Glendale en la sala central.

—Es imposible. No podrás llegar. Los monstruos tienen todos los corredores copados.

—Lo intentaré. ¡Vamos, de prisa!

Hizo una breve pausa y se aproximó a la muchacha tomándose unos segundos. La abrazó.

—Eva —susurró—. Cuídate. Después de haberte conocido, pienso que… tú y yo… podríamos formar una buena pareja cara al futuro… Tenemos derecho a ello.

—Sí Krayton. Yo también lo deseo —musitó ella.

Un beso, un simple beso, acompañó al abrazo. Luego ya no quedó más tiempo, la gente se agolpaba deseosa de salir.

—¡Por ahí! ¡Por ahí! —gritó ella.

Krayton, entretanto, pulsó el botón de la Plutouranita. Un símbolo en la pantalla anunciaba algo que el hombre comprendió perfectamente:

AUTODESTRUCCION.

Todas las plantas podían ser autodestruidas.

—De prisa, de prisa —gritaba a la gente.

No tardaron demasiado en desocupar el lugar. La muchedumbre, enloquecida por el pavor de la situación, seguía a Eva camino del exterior. Muchos se hallaban extenuados, se agotaban sus reservas de oxígeno procedentes de su larga hibernación.

Por fin, Krayton quedó a solas en la estancia.

Cerca se oían ya los aullidos de los microbios gigantes. Los Mongos.

AUTODESTRUCCION.

Krayton se apartó del pupitre de mandos y apuntó su pistola contra la luz roja del pupitre.

Ignoraba las consecuencias de su acto, pero era necesario producir una conmoción para ganar tiempo.

Disparó.

Del pupitre surgió una llamarada y la maltrecha estancia se pobló de chispazos.

La humareda inundó por completo la galería llegando hasta los corredores.

La sobrecarga de Plutouranita hizo mella en los enormes microbios de forma humanoide que se dispersaron por entre el humo.

Los únicos resistentes eran los Robots, que iban esparciendo sus rayos conmocionando el subsuelo.

En el control central el Mongo-jefe lanzó un aullido cuando su puesto de mando se inundó de chispas y rayos.

Era como una maldición ante un contratiempo inesperado.

Aulló con todas sus fuerzas mientras abandonaba el puesto como si tratara de hacer oír su voz a los restantes miembros de aquella comunidad bacteriológica.

El profesor Glendale, arrastrándose por el interior de una vieja tubería,-

salió a las proximidades de la sala central. Ahora estaba desierta.

—¡Armas! —gritó—. Las más poderosas. Eso les destruirá. De lo contrario jamás podremos sobrevivir.

Tomó un par de fusiles, especie de rifles provistos de botón. Bastaba una ligera presión para que los rayos de Plutouranita lograran el alcance deseado.

Pero a Glendale le comenzaban a fallar los pulmones. Le faltaba el oxígeno necesario.

Intentó salir de la galería, pero sus piernas no le obedecían. Se le nublaba la mirada y sentía un fuerte dolor en el cerebro. Aire. Le faltaba el aire adecuado.

Disparó al aire. La Plutouranita era una ayuda momentánea. El gas respirable actuaba a modo de oxígeno.

Sin embargo, sabía que no podría resistir durante mucho tiempo.

Y entretanto, Krayton corría por el corredor hasta que su paso se vio interceptado por el jefe de los Mongos.

Se quedaron ambos a prudencial distancia observándose, casi estudiando sus mutuas posibilidades. Se temían.

Fue en aquel momento cuando a través del transmisor de Krayton llegó la llamada.

—Estamos sobrevolando el planeta muerto. Veinte naves —era la voz de Belcourt.

Aquello significaba la salvación para casi todos, excepto los alcanzados y devorados por las terribles garras de los carnívoros. Pero antes era necesario eliminar al gran Gorila. Al jefe de aquellas bacterias gigantes.

Midiéndose con sus respectivas miradas, fue el Mongo quien se decidió a lanzar el primer ataque dando un gutural aullido.

Krayton se hizo a un lado, esquivando la acometida.

El Mongo se revolvió. Krayton estaba al otro lado más próximo a la central.

Sin dar tiempo a su enemigo le embistió de nuevo con la cabeza por delante a modo de ariete.

Era la lucha final. Vida o muerte.

El monstruo bacteriológico acusó el golpe y lanzó un grito. Krayton le soltó una tremenda patada en una de las piernas y repitió el golpe en la parte baja del cuerpo.

El monstruo lanzó un nuevo grito y levantó las manos como si quisiera aplastar a su contrincante.

Tal vez lo hubiese conseguido si Krayton no se hubiera retirado a tiempo.

El Mongo perdió el equilibrio y cayó. Antes de que pudiera incorporarse Krayton saltó sobre él con los pies por delante. Con un grito su antagonista cayó de espaldas.

La lucha feroz era presenciada por un nutrido grupo de Mongos que por extrañas circunstancias no intervenían en la desigual pelea.

Y el gorila nuevamente consiguió enderezarse intentando hacer una presa a

su rival.

Krayton, hábil y ligero, saltó de nuevo con los pies por delante derribando por tercera vez a su contrario. Esta vez no le dejó levantarse. Saltó sobre él y empezó a golpearle cabalgando a horcajadas sobre su cuerpo.

Los puños del hombre golpeaban una y otra vez las partes vitales del antagonista.

El monstruo parecía abatido, acusaba aquel tremendo castigo a que era sometido por Krayton.

—Te aplastaré, te aplastaré… —gritaba Krayton en el ardor de la lucha.

Cuatro poderosos garfios del Mongo intentaron clavarse en el brazo de su agresor, pero Krayton logró esquivar y retorcer el gigantesco brazo enemigo.

Le tenía por completo dominado y de un salto se incorporó para saltar sobre su maltrecho cuerpo una y otra vez con ansias de aplastarle para siempre.

Era una lucha frenética por la total aniquilación del jefe de aquella materia bacteriológica de forma más o menos simiesca y aspecto repugnante.

Capítulo XXIII

LAS naves lacustres estaban tomando tierra para la salvación de los supervivientes, pero tras ellos, algunos carnívoros seguían a la «carne» que.se esfumaba.

—No hay nada que temer —decía Belcourt—. Tenemos armas más poderosas. —Y a través del emisor alertó a la gente—. Vayan todos por el costado opuesto, yo mantendré a raya a esos malditos gorilas.

Los cañones dispuestos con una mezcla de los rayos del reducto lacustre y de la Plutouranita comenzaron a funcionar.

Los impactos hacían mella en las bacterias gigantes y de este modo los horrorizados supervivientes podían ir tomando sus puestos en las respectivas naves.

La operación duró pocos minutos. Pero Eva aún no había subido, sabía que en el subterráneo quedaban dos hombres, uno de ellos Krayton al que no quería abandonar.

—¡Ayúdeme, Belcourt! —pidió—. Krayton está allá abajo. Y también Glendale.

Efectivamente. En el subterráneo la lucha continuaba, porque el gran gorila aún no se consideraba vencido. A pesar de los golpes recibidos pugnaba por levantarse.

Krayton pegaba con todas sus fuerzas y del cuerpo del gorila empezó a emanar un líquido purulento, espeso.

La gran bacteria carnívora comenzó a exhalar gemidos lastimeros mientras el resto de sus congéneres aullaban como animales heridos.

Krayton, agotado por el esfuerzo, se retiró momentáneamente para observar a su rival medio destruido, pero aún con fuerzas para sobrevivir.

La voz de Eva gritaba el nombre de Krayton.

El hombre se revolvió. A su espalda, medio demudado y sin apenas aliento, apareció Glendale tambaleándose.

—Krayton… Tome… esas armas… Son poderosas. Destrúyalo todo.

Glendale cayó cerca de Krayton en el momento en que aparecía Eva.

La muchacha se hizo cargo de la situación y espetó:

—Vámonos, Krayton. Huyamos de aquí. Las naves están a punto de partida.

—Llévate a Glendale, Eva —repuso él, recogiendo los dos cañones de pequeña cilindrada que el profesor había dejado caer.

—¿Y tú…?

—Terminaré con ellos. Es cosa de poco. Llévate a Glendale. Le falta oxígeno. Van a estallar sus pulmones.

—Sí, Krayton —repuso sumisa la muchacha.

Y ahora, Krayton, sólo con ambas manos ocupadas por las armas observaba lleno de una furia incontenible a sus brutales enemigos….

—Bacterias malignas que elegiréis otro habitáculo para sobrevivir a costa de las personas normales. Microbios alentados por esas armas que ahora os sepultarán bajo esta misma tierra.

Retrocedió despacio al tiempo que comenzaba a disparar.

Los poderosos rayos de la Plutouranita surgieron de ambos cañones al tiempo que la cavidad subterránea se llenaba de aullidos letales.

Aún el gran gorila, arrojando el negruzco y grasiento líquido por sus heridas, intentó incorporarse, pero los rayos se detuvieron primero para hacerle encoger seguidamente.

El reducto subterráneo comenzó a temblar. En algunos puntos la tierra se desplomaba juntándose, aplastando a los microbios gigantes entre gritos infrahumanos.

El gran gorila se derretía en su propio líquido purulento mientras los rayos perforaban su cuerpo velludo y repugnante.

Los demás Mongos habían caído abatidos.

El ruido en el interior era ensordecedor por los constantes derrumbamientos del último reducto de un mundo que ya jamás podría tener vida propia ni siquiera para las bacterias.

—Muerte para todos. Muerte… Para el bien de los humanos que pueblan las galaxias. Muerte… —gritaba exaltado Krayton mientras se acercaba al punto de salida.

Entre chispas y rayos, caían los robots y estallaba la central donde durante siglos había permanecido un cerebro creado para bien de la humanidad, que había avanzado convirtiéndose en su perdición.

El gran gorila, deshaciéndose en su propio líquido viscoso y nauseabundo fue cayendo, desfigurándose, desapareciendo….

Era el fin de aquella microbiología gigantesca que ya nunca más podría dañar a nadie.

Krayton salió al fin a la superficie en el momento en que la gran explosión sepultaba los últimos vestigios de una cultura muerta desde hacía siglos.

Sí. Era el fin definitivo de aquella parte del continente TERRAQUEO. Era el inicio de una nueva vida para los sobrevivientes….

En el viaje de retorno Glendale, Belcourt y Krayton comentaban lo ocurrido, con la presencia de Eva.

Glendale había explicado la horrible muerte de Fuling y de Julie. Eva se cubrió las manos con el rostro lamentándose por la suerte de la muchacha.

Krayton pensó en su buen amigo y murmuró:

—Regresó para salvarnos. Es injusto lo que le ha ocurrido, pero su muerte no habrá sido en vano, esas criaturas malignas no causarán más muertes.

Glendale habló en nombre de lo que indudablemente todos estaban pensando.

—Esta es una seria advertencia… Nadie, en ningún habitáculo, debería fabricar esas armas que sólo consiguen crear esa clase de criaturas… Todos somos culpables. Ojalá nos sirva de lección.

Krayton se acercó a Eva separándose del grupo para sentarse en sus respectivos puestos en la nave que les llevaba hasta las profundidades lacustres.

Ambos pensaban en los amigos perdidos y Krayton quiso borrar de sus respectivas mentes un recuerdo que ya no tenía remedio.

—Empieza una nueva vida para todos, Eva… Nosotros, los míos, podrán sobrevivir gracias a lo que hemos venido a buscar, a lo que hemos encontrado, hasta tanto podamos encontrar un habitáculo a la luz de un astro natural… Tú y los tuyos también tendréis la oportunidad de vivir esa nueva existencia.

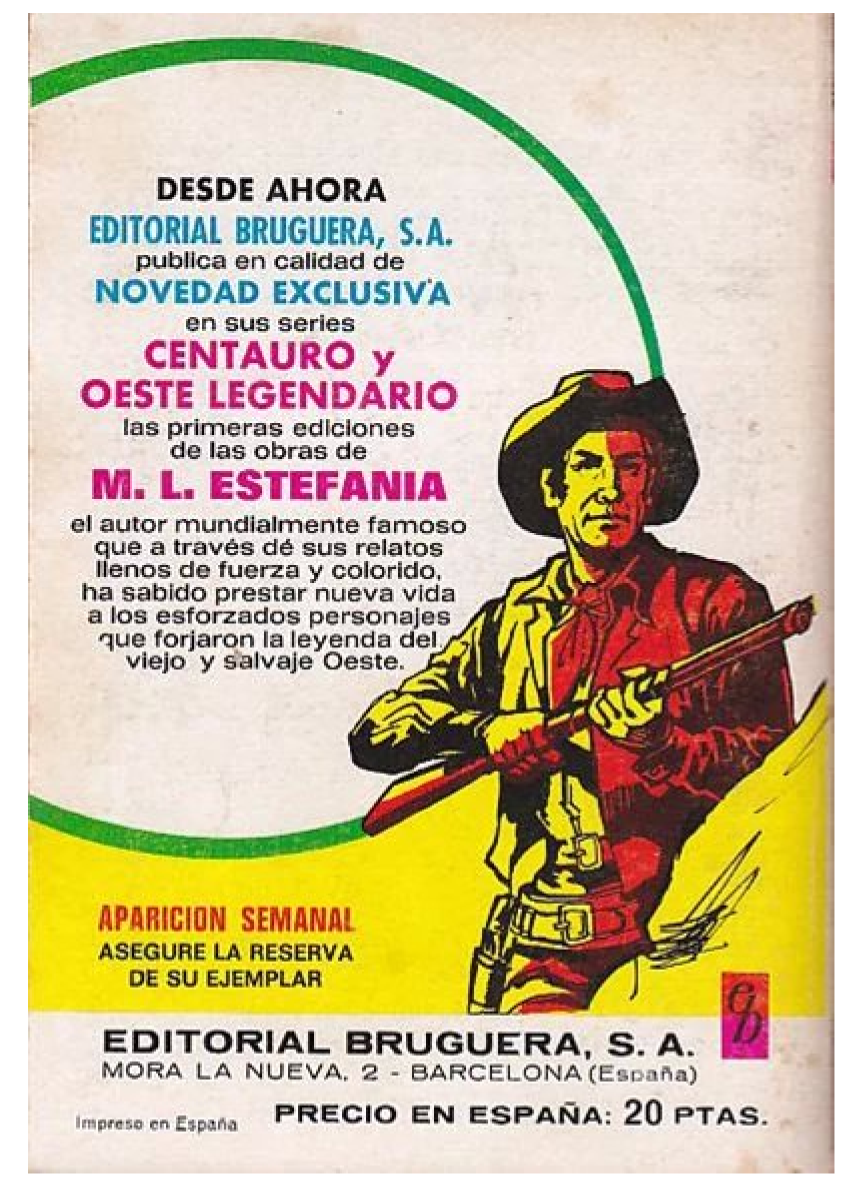
—Dos razas distintas, unidas para un fin común.

—Sí, querida Eva… Dos razas pacíficas que sólo desean vivir. Simplemente vivir y crear cosas buenas.

Krayton rodeó a su compañera.

El viaje proseguía. Un viaje hacia la vida.

FIN



DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso
que a través dé sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.
APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
Impreso en España
PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.